3 1761 08695680 2

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/fugacesc00casa

BIBLIOTECA GALLEGA

FUGACES

POR

SOFÍA CASANOVA

94-v

LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR
—
1898

A

LIBRERIA DE F. RODRIGUEZ
OBRAS ANTIGUAS Y MODERNAS
CRUZ 31
MADRID

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

A mi siempre querida
amiga Flavia como re
cuerdo de una ausente
nunca la olvida

FUGACES La autora

LS
C3356f

BIBLIOTECA GALLEGA

FUGACES

POR

SOFÍA CASANOVA

491575
11.5.49

LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR
1898

Es propiedad.

Tipografía de la Casa de Misericordia.

ÍNDICE

Páginas

A María Stasiowa..... VII

JUVENILES

Impresiones..... 3
Ida y vuelta..... 7
Nieblas del Norte..... 9
Vaguedades..... 15
Ni en la muerte..... 19
El trabajo..... 21
Sacrilegio..... 25
Retratos..... 27
Pregunta..... 31
El color de las penas..... 33
.....¡Ni fe!..... 35
Huellas..... 37
Fantasía..... 41
Rumores..... 45
Gotas de agua..... 49
El hombre de mar..... 51
Drama vulgar..... 59
Arte y amor..... 69
Espejismos..... 73

Soneto..... 79
Drozdowo..... 81
Familiares..... 85
Invernales..... 91
El Gineceo..... 95
Miedo..... 99
Luchemos..... 101
Platónica..... 105
Enigmática..... 107
Al leer la noticia del naufragio del «Reina Regente»..... 111
En nosotros..... 113
Tempestad de una tarde de verano..... 115
Una carta..... 121
Visión..... 125
Óyeme..... 139
Tempestad y calma..... 141
En la víspera de San Juan..... 143
Jadwiga..... 149
Al fondear en la Coruña la escuadra francesa... 153
El cuerpo..... 155
Quejas..... 159

Á Maria Stasiowa.

Dos veces, en el transcurso de los dos últimos años, hermana querida, me has demostrado tu alma grande y tu cariñosa solicitud; primero, junto á la cama de mi hija expirante, y luego, cuando yo me hallaba próxima á morir.....

Déjame que te dedique estos pobres versos, en los que tu patria y mi patria aparecen unidas, como lo están en mi corazón, y acéptalos cual testimonio de gratitud y afecto invariables.

Sofia.

Playa de Mera, Diciembre 1897.

JUVENILES

(1882-1886)

IMPRESIONES

A mi constante amiga Faustina de Ferrari.

Sólo la golondrina,
que retorna feliz á sus hogares,
es mi dulce vecina.
Su nido tiene al lado de la encina
que da sombra y misterio á mi ventana;
canta doliente, cuando el sol declina,
y alegre, cuando luce la mañana.
Es que llegó, por fin, la primavera,
esa estación de aromas y de flores,
acaso de mi vida la postrera.

Tiendo la vista en derredor, y lejos
miro la curva azul del horizonte,
que parece apoyarse con pereza
en las vertientes del quebrado monte;
y el cercano pinar, allá extendido,
alza sus copas al rosado cielo,
cual si buscase allí su bien perdido,
mientras la brisa en impalpable vuelo
deja á la flor, que se murió en el suelo,
un beso misterioso en un gemido.
¡El paisaje, la luz, todo á mi mente
lleva una idea de feliz memoria.
¡Quién, ante un horizonte inexplorado,
con el amor del alma no ha soñado
y con el dulce engaño de la gloria!
El horizonte abierto ante mi vista
me hace esperar la libertad ansiada;
y el paisaje y la luz me hacen artista,
y un afán de ternura, desgraciada.

Cerca de mí, la errante golondrina,
que retorna feliz á sus hogares,
es mi dulce vecina.
Al lado de la encina,
que da sombra y misterio á mi ventana,
su nido ha fabricado,
y, cuando nace alegre la mañana,
con canto regalado
la saluda su amante enamorado.
Ella despierta; las pequeñas plumas
sacude levemente,
y besa la cabeza de su amante

cual besan las esposas en la frente;
y se acarician con las ténues alas,
y se miran con ansia placentera,
y no sé qué misterios, entre arrullos,
él le dice á su amante compañera.

De la extensión vacía
torno los ojos al dichoso nido
y me abruma tenaz melancolía.
¡Quién, al ver de esas aves el anhelo,
no recuerda las horas de la infancia,
no piensa, triste, en el amor perdido,
y en la familia y en el patrio suelo!.....
Ese hogar entre ramas escondido
me hace llorar, y presentir el cielo.

Madrid.

IDA Y VUELTA

A la Sra. Doña Jimena Cueto del Rosal.

I

Voy á partir, la guerra me reclama,
madre mía, mitiga tu dolor.
—Adiós hijo del alma, ponte al pecho
esta imagen de Dios.
—No, madre, para qué, si allí muriese,
dejaré de anhelar y de sufrir;
tarde ó temprano moriremos todos.....
Guárdala tú por mí.

II

—Pálido estás, mi bien, tristes tus ojos
desde que has vuelto al infeliz hogar.
¿Así la patria me devuelve al hijo,
luz de mi ancianidad?
—No culpes á la patria, madre mía,
si rehuyo la gente y el placer.
Era hermosa, la quise y me ha olvidado.
¡Ya nunca la veré!
Yo he vuelto victorioso de la guerra,
pero vencer no puedo al corazón.....
Dame la imagen que al partir no quise.
¡Necesito de Dios!

NIEBLAS DEL NORTE

A la eminente poetisa gallega Filomena Dato Muruais

I

Yo triste, tú, hermana,
con esa belleza
que presta á los ojos
el genio que brilla, la mente que sueña;
¿qué podré decirte,
si sabes mis penas?
¡Bendita tu alma,
que comprende la mía y me alienta!

De nuevo mis brazos,
de nuevo te estrechan;
no tornes, amiga,
sin llevarme contigo á mi aldea.
Quizá, si te marchas,
á verte no vuelva.
¡Si vieras qué miedo,
cuanto miedo me causa la ausencia!

II

La ausencia, ¡Dios mío!
En vano el regreso
de un ser que idolatro,
hace ya muchos días que espero.
¿Te acuerdas? La anciana
que mora en el cielo,
si á él van los que sufren,
y, cual ella murió, se murieron.

¿Te acuerdas? La casa
de mísero aspecto,
de cal las paredes
y de viejos ladrillos el suelo.
De la alta ventana
los vidrios cayeron
al soplo furioso
de una cruda borrasca de invierno.

La rota ventana
dejaba que el cierzo
pasase en la noche,
simulando perdidos lamentos;
por ella la lluvia
llegaba hasta dentro,
y hallé muchas veces
gotas de agua en mi pobre tintero.

De un lado la alcoba
y el mísero lecho
que á entrambas servía,
que ocupábamos ambas á un tiempo;
la anciana, rezando,
yo, niña, durmiendo,
á la fria pared arrimada,
para no molestarla en su sueño.

Entonces, entonces
en mi alma nacieron
las castas quimeras,
á los dulces halagos primeros.
Miré unas pupilas,
soñé en el silencio,
y el pan me faltaba
y pensé sin rencor en los cielos!

De blancas cortinas
orné mi aposento;
planté en las macetas
malva-rosa, claveles y heno;
y ansiosa esperaba

el brote más bello,
que puse á la virgen,
como ofrenda devota de un sueño.

El cuarto era oscuro,
yo triste, cosiendo,
pensaba en mi patria
que, hasta entonces, creía muy lejos;
después, silenciosa
quedaba un momento,
cruzadas las manos,
yo no sé qué rumores oyendo.

. . . . . .

Después, una tarde,
con triste misterio,
del lecho sacaron,
ya sin alma, su rígido cuerpo;
sentí, acongojada,
marchar un entierro.....
¡qué negra la noche,
y al día siguiente, mi traje ¡qué negro!

Después..... Tú no ignoras
que atrae lo bello.
Mi casa era pobre
y pesares guardaba mi pecho.
La gloria fascina,
perturba el deseo,
y adiós, dijo un día,
y adiós para siempre, mis labios dijeron.

III

Ven, mira la tarde
qué suaves reflejos
proyecta en las nieblas
que se extienden del valle á lo lejos!
¡qué alegres rumores!
¡qué azul está el cielo!
¡qué hermosa es tu alma!
y qué tristes mis tristes recuerdos!

VAGUEDADES

Porque luché; porque siento
triste el alma y dolorida,
dejadme con las quimeras
que llevo en el alma mía.
Son vagas supersticiones
entre la sombra nacidas;
son los despojos que arrojan
los naufragios á la orilla.

¡Dejadme! quiero en los campos
buscar esa flor sencilla,
que *no me olvides* se llama,
que pálido azul matiza,
que, cuando alborea, nace,
y muere al morir el día.

Quiero del punzante cardo,
que á los jarales lastima,
coger el nevado copo
que entre sus hojas se cría,
antes que el viento lo lleve,
antes que pase á mi vista
recordándome en su marcha
la gloria, el amor, la vida.

Dejad que persiga ansiosa
esas plumas fugitivas,
blancas flores del espacio
que en el espacio se agitan,
y que quizás, al arrullo
de enamorada caricia,
del nido que las guardaba
se cayeron desprendidas.

Y en mi caja de recuerdos,
hecha de nacar y cintas,
dejad que en la noche, guarde
la mariposa bendita,
que á mí se acerca en la noche
anunciándome alegrías,
que me hace soñar que vuelven
las ilusiones perdidas.

Abro la caja que encierra
mis reliquias adoradas,
y el viento arrastra las plumas,
los blancos copos se escapan;
y sólo queda en su fondo,
con las alitas plegadas
como si tras largo vuelo
mansamente reposara,
mi mensajera de dichas,
mi mariposa dorada.

Así también del espíritu
se alejan las dulces ansias,
y á veces queda en su fondo,
como aterrador fantasma,
el cadáver insepulto
de una postrera esperanza.
¡Ay! si es la fe, la que, muerta,
llevamos dentro del alma!

NI EN LA MUERTE

¡Ah! la esperanza perdida
y la duda que avasalla,
combaten en la batalla
que libramos en la vida.
La felicidad querida
jamás se puede alcanzar;
y, en nuestro fiero luchar,
podemos sólo decir,
que el alma es para sentir,
los ojos para llorar.

¿Y esto es vivir? De esta suerte
luchar y ¡consuelo vano!
la paz pedir al arcano
misterioso de la muerte!
¡Y pensar que ni aun perderte
se puede, existencia impía,
porque tras la tumba fría
donde el cuerpo se deshace,
á otra vida se renace
y se empieza otra agonía!

No, no; basta de vivir
con el alma destrozada;
tengamos tras la jornada
el descanso de morir.
Que es el nacer y el sentir
la desventura mayor,
y aunque otra vida mejor
nos ofrezca dulce calma,
será, si es eterna el alma,
eterno nuestro dolor.

EL TRABAJO

(FRAGMENTO)

Al Círculo obrero de Pontevedra.

Todo ha cambiado ya. Brilla la aurora
del adelanto en nuestro siglo hermoso;
y hoy, el blasón más grande y más honroso
es el que lleva en la curtida frente,
con el sudor y la virtud escrito,
el jornalero que con fe creciente,
en los abismos edifica el puente
y derrumba las moles de granito.
El que abre las entrañas de la tierra
y arranca de su fondo
los metales magníficos que encierra.

Y el domador del monstruo palpitante
que furioso se agita sin sosiego,
que ruge por las válvulas hinchadas,
monstruo que tiene el corazón de fuego;
¡el maquinista audaz! héroe olvidado,
que respira entre el humo,
que entre el carbón se mueve,
y que lleva á sus pies encadenado
al gigante del siglo diez y nueve.
Obreros que alcanzais nobles victorias
del trabajo en el templo sacrosanto,
humilde obrero soy del pensamiento,
y os envío mi acento
con el saludo fraternal de un canto.
El trabajo es el bien, es ley del hombre,
para luchar nacido:
por el trabajo y el esfuerzo propio
será de sus errores redimido.

. . . . . .

Napoleón, Alejandro, César, héroes
de sangrientas victorias, con la frente
por lágrimas del pueblo coronada,
¿qué sois ya, si, en el libro de los tiempos,
la página que hablaba de vosotros
con sangre fué borrada?
¡El trabajo del hombre! Por él viven
del arte las bellezas inmortales,
de la música pasa por los siglos,
en notas agrupadas, la armonía;
el lienzo irradia luz, del arte gótico
sorprende la fecunda fantasía,
y cubre el viejo dolmen y la estatua

de la piedra la eterna poesía.

. . . . . .

El trabajo del hombre en nuestro siglo
todo lo crea y lo realiza todo,
traza en lo inmenso nuevos horizontes,
cierra el abismo, desnivela el llano,
socaba el Oceáno,
y abre caminos perforando montes.
Une los mares por el itsmo abierto,
y al fin los llevará con arrogancia
al arenal grandioso del desierto.

. . . . . .

Edisson, Swam, los rayos de la luna
aprisionando en bombas nacaradas,
dan á la noche alegres resplandores,
y tienen, cual la luna, adoradores,
las noches, que parecen alboradas.

. . . . . .

Trabajemos sin tregua, que aún existen
niños que, sin familia y sin hogares,
del mal las acechanzas no resisten.
Aún el hombre se ensaña con el hombre
y goza de su hermano en el tormento,
aún la justicia humana
castiga en el patíbulo sangriento.
Aún hay mendigos que en las calles mueren,
y mendigos que van á centenares,
dejando en sus hogares
rastro indeleble de miseria y ruinas,
seguidos de su prole sin ventura,
á morir en las playas argelinas.
Trabajemos con fe. Luchar debemos

por la mujer que vive aprisionada,
por la mujer que desfallece y cae
al fondo del abismo despeñada.
Por la mujer que, al verse sin amparo,
sin porvenir, sin guía el pensamiento,
elige esposo á quien amar no puede,
y miente en el altar un juramento.
¡Oh! juventud, del adelanto ansiosa,
promesa de una edad más venturosa,
tú harás que el pueblo triunfe
en la lucha fatal por la existencia,
si siente que más vale ser esclavo
que Rey, vendida al oro la conciencia.

1882.

SACRILEGIO

Tal verdad revelábase en su acento,
decidido á la par que reposado;
tal amor en aquel reconcentrado
mirar, que delataba el pensamiento;
con tal fe pronunció su juramento,
que nadie al contemplarlo habrá dudado
de que es un ser de corazón honrado,
que alienta por un noble sentimiento.
Pero yo, que su vida recordaba,
y la ruin expresión de sus rencores
en mi pecho, aun herido, resonaba,
sentí resucitados mis dolores,
y del templo salí que cobijaba,
sin desplomarse, á Dios y á los traidores.

RETRATOS

LAURA Y LUZ

I

No le gustan las flores naturales,
porque dice que siempre que las lleva,
se marchitan y ruedan desprendidas,
sin adornos dejando su cabeza.

II

Las flores naturales la enamoran;
pero jamás se engalanó con ellas,
porque, al verlas, marchitas, deshojarse,
sus pupilas de lágrimas se llenan.

ROSA

Es morena. En su aposento,
de rojo y oro adornado,
se ven estatuas desnudas,
lienzos en lujosos marcos,
un loro en su jaula preso,
y el amplio abrigo tirado
entre flores ya marchitas
y un zapatito de raso.
Allá en la penumbra, el lecho,
por cortinajes velado,
y en un espejo prendidos
los pedazos de un retrato.
Perfumado está el ambiente,
y está en el rico piano
un libro de *Emilio Zola*
abierto sobre el teclado.

JUANA

Es rubia; son sus pupilas
de mirar brillante y lánguido;
sola está en su gabinete,
de blanco y oro adornado,
y ciñe su esbelto cuerpo
con sencillo traje claro.

Junto á la abierta ventana,
que las yedras escalaron,
sentada está y silenciosa,
la labor tiene en las manos,
y á veces alza la vista
y contempla breve rato
á un ruiseñor que gorjea
como si no fuera esclavo.
El pálido sol de Otoño
acaricia con sus rayos
el negro reclinatorio,
la alcoba y el lecho blanco.
Está el *secretaire* abierto
y en él están colocados,
mirándose frente á frente,
el de ella y otro retrato.
Y sobre preciosos libros,
de frescas flores al lado,
abierto está todavía
un libro inmortal, el *Fausto*.

PREGUNTA

A la Excma. Sra. Marquesa de Valmar.

Recibieron al fin Juan y María
la ansiada bendición,
y él, presintiendo que quizá los años
entibiarán su amor,
para hacer de aquel lazo nudo eterno,
le pide un hijo á Dios.

Ella, que, apasionada, tiene celos
de aquel futuro ser,
sufre al pensar que un hijo le arrebate
su idolatrado bien,
y murmura con frases que revelan
su amante sencillez,
que el amor de los dos, aunque infinito,
es poco para tres.

Si de Juan y María los anhelos
tan diferentes son,
¿cuál de entrambos, señora, á juicio tuyo,
quiere más y mejor?

EL COLOR DE LAS PENAS

Quien no tenga—me decía
con tono frío de escéptico—
cabellos blancos que indiquen
que algo en el alma se ha muerto,
es que jamás ha sentido
del desencanto el desvelo,
ni el desplome de esos mundos
que forjan los sentimientos.
Ni tuvo miedo á la dicha,
ni odió lo que amaba ciego,
ni por cabeza sin canas
pasó de la duda el fuego.

Calló: contemplé enojada
su altiva frente, un momento;
y ahogando un grito en mis frases,
dije, pensando con miedo
de mis días en negruras
y de mi infancia en secretos:
no indica el cabello blanco
del alma el mayor tormento,
¿mi cabeza no has mirado?
Yo tengo rubio el cabello.

. . . ¡NI FE!

Cuando llegó del áspero sendero
á la cumbre distante,
halló en vez del albergne apetecido,
tan sólo abrumadoras soledades.

Cuando, sin fuerzas ya, llegar creía
de la jornada al fin, miró el camino
roto por la mitad, cortado el paso
por la negrura del abierto abismo.

Vacilante cayó junto á las rocas,
vencida el alma, de su cruz al peso.
La fe le hizo buscar aquel calvario
y allí no estaba lo que vió su anhelo.

Brotó la sangre de su planta herida
y no pudo avanzar en el camino;
pensó en retroceder, y heló sus ojos
una impotente lágrima de hastío.

Rindióse al desaliento su alma noble,
y, al sentir su esperanza que moría,
dijo: Fe en lo ideal que no alcanzamos,
¡ay! tu también amargas nuestra vida.

HUELLAS

Si el arco roto, la quebrada ojiva
y el ruinoso castillo abandonado
en triste soledad, no me trajesen
al alma los recuerdos del pasado,
la inscripción, la inscripción desenterrada
y en el mármol grabada,
que ornato fué de la mezquita mora,
me hiciera recordar la raza aquella
que fué un tiempo señora,
y hoy esparcida en africano suelo
piensa en la Alhambra, se envilece y llora.

Junto al foso cegado
se eleva en la techumbre derrumbada,
la ancha torre almenada,
soberbio resto de feudal castillo.
Y hablan de la Edad Media y sus horrores
las mohosas eadenas del rastrillo
y el foso en que morían los traidores.

Un roto capitel, que todavía
algo conserva de la fina curva
que de las hojas del acanto toma,
el arte me recuerda de Corinto,
que embelleció de Atenas el recinto,
que le copió para sus templos Roma.

Y esos mil restos que la tierra guarda,
huellas son que, á través de las edades,
recuerdan la grandeza de los pueblos,
la libertad, la patria escarnecida;
los héroes que lo fueron por su muerte,
los héroes que lo fueron por su vida.

¡Ay! así en el espíritu agitado
que perdió con su bien sus ilusiones,
con las tintas oscuras de la pena
han dejado sus huellas las pasiones.
. . . . . .
Cuántas veces mirando tus pupilas,
á las que asoma un triste pensamiento,
veo las inscripciones que en tu alma
para siempre labraron
los filos de tenaz remordimiento.

Y al mirar de tu fondo de memorias
las ruinas de esplendentes realidades
y el marchito laurel de tus victorias,
aún contemplo la imagen
que esculpieron un día los amores,
de rosas y de mirto coronada.
Aún el reeuerdo de tu amor infausto
se enrosca de tu pecho en lo profundo,
como la yedra al tronco carcomido.
¡También las ruinas del amor postrero
resisten á los años y al olvido!

FANTASÍA

La Acrópolis en ruina, sin naves el Pireo,
el Parthenon sin ruidos, sin fiestas el amor,
Atenas la pagana, la Musa de las artes,
revela, cual la luna, un mundo que murió.

En vano el mar helénico, que ninfas habitaron,
con besos mil, Atenas, te envía su canción;
en vano que á lo lejos, moviéndote á la envidia
Constantinopla muestre, bañados por el sol,

sus altos minaretes, sus cien encrucijadas,
los pórticos floridos de templos del placer,
las aureas filigranas de la mezquita mora,
las férreas celosías del apartado harem.

En vano, que la vida refluye de tu suelo,
llevando sus tesoros de savia y juventud,
á donde ni de dioses, ni de artes profanadas,
cubrió perdidos restos el ancho cielo azul.

Allá, en Oceanía, donde es la luz más bella,
y las ardientes auras fecundan, al pasar,
los cálices abiertos de las sedientas flores,
los nidos del insecto, las copas del palmar,

de eterna vida el soplo, que daba á tus vergeles
las flores de una hermosa sin par vegetación,
refúgiase en los senos de otra fecunda tierra,
en la que aguarda Ceres, á Venus y el Amor.

¡Atenas melancólica! Quizás aquellos Dioses
que de la Grecia un día te hicieron reina ser,
abriendo á tus destinos ignotos horizontes,
de nuevo, en otra tierra, coronarán tu sien.

Y poblarán tu Olimpo, grandiosas soledades,
sus templos tendrá Apolo, sus ninfas el Dios Pan,
sacerdotisas Venus, y el Parthenon Minerva,
que un nuevo Praxiteles va á hacer resucitar.

Espíritu de Grecia que vagas por las ruinas,
¿qué buscas? Te fué ingrato tu pueblo y te olvidó,
mancharon tu belleza los cultos impudentes
y condenaba, en Sócrates, el alma de Platón.

Espíritu de Grecia, las tumbas y las ruinas
á un pueblo grande y libre no pueden sustentar,
te espera Oceanía, y en ella que renazcan
tus Musas y tus leyes, tu fe y tu libertad.

RUMORES

A mi amiga de la infancia Angeles Castilla.

Cargadas de perfumes llegan las brisas,
removiendo á su paso las verdes hojas,
que trepan mansamente por la ventana,
proyectando en el suelo ramos de sombras.

A través de las mallas de ese follaje,
veo el cielo de estío y el horizonte,
que en curva se dilata de Oriente á Ocaso,
formando una diadema de resplandores,

que, de cerca, son vivos cual los del iris,
y, á lo lejos, se esfuman con tintas pálidas;
diadema de los cielos, por broches tiene
las sombras de la tarde, la luz del alba.

En el aire se cruzan vagos rumores,
de mil conversaciones frases perdidas;
los pájaros se posan, cantando alegres,
las abejas zumbando van fugitivas.

El arrastre del carro que hiere el suelo,
el golpe del martillo contra la piedra,
el insecto que rompe su cárcel dura,
la evolución constante de la materia,

que en gérmenes estalla con vago ruido,
que desgaja del árbol la seca rama,
que conmueve la tierra, que da la vida,
y que á todo en la tierra la vida arranca,

forman esta armonía conmovedora,
dulce voz de la Diosa Naturaleza,
que tiene inspiraciones para el artista
y promesas de alhago para el que espera.

Para el que espera un día de dulces horas,
tiene cada murmullo de estos, encanto,
melodías parecen de otras regiones,
que nos dan en las penas fe y entusiasmo.

Suspiros de los seres que aquí perdimos,
frases de amantes seres que allá nos llaman,
armonías del cielo, con las que llegan
á nuestro oído engaños de la esperanza.

¡Madre Naturaleza! Tú, que del tiempo
dispones, y á la vida marcas sus horas,
no quites, al que sufre, las horas breves,
de soñar nuevos mundos y eternas glorias.

No arrebates al triste la fe que eleva
en sus divinas alas el pensamiento.....
Los rumores se extinguen, llega la noche,
y en la iglesia cercana tocan á muerto.

GOTAS DE AGUA

A Madame Gastón París.

(Souvenir.)

Gota de agua es la lágrima brillante
que, al nacer, en los ojos se evapora;
gota de agua es la perla de rocío
que nace y muere en la mañana hermosa.

Gota de agua también es la perpetua
gota que filtra y que la piedra horada,
secreto de las rocas de granito,
caliza filtración de la montaña.

¡Gotas de agua las dos! Mas, cuán distinta
es la que nace y muere en un momento,
de aquélla que, entre rocas serpeando,
se petrifica y desafía al tiempo!

Así también del alma soñadora
brotan, á veces, fugitivas lágrimas,
que mueren á la luz de una sonrisa,
que evapora el calor de una esperanza.

Y, otras veces, hay lágrimas que brotan
y dejan en el alma, para siempre,
estalactitas de dolor profundo,
que el tiempo agranda, y que jamás perecen.

EL HOMBRE DE MAR

A la Excma. Sra. Doña Amalia Carcer de Aguirre de Tejada.

I

La luz arriba, la penumbra abajo;
arriba, las divinas claridades,
y abajo, el mar con su insondable fondo,
corazón de las roncas tempestades.
Ni el mismo sol á tu poder se iguala,
tú das impulso al gigantesco buque
que arrullas con extrañas barcarolas;
el cielo se retrata en tus espumas,
la luna te acaricia enamorada,
y tú rompes su imagen nacarada,
en el choque incesante de tus olas.

¡Enigmático mar! yo quiero verte,
contemplar tu magnífica belleza,
y quiero de tu fondo tenebroso
sorprender el secreto misterioso
que oculta del abismo la grandeza.
Permítele al artista infortunado,
que sueñe al ver tu superficie fría
donde la línea en curvas se deshace;
deja que copie, audaz, su fantasía,
ya tu agreste armonía
cuando la aurora nace,
ya los crepusculares resplandores
del día, que en tus ondas se desmaya,
y el pálido cendal de las espumas,
y el escorzo atrevido de la playa.
No responda á los cantos del poeta
en tu cóncavo espacio el ronco trueno,
ámale ¡oh mar! porque también él tiene
dormidas tempestades en su seno.
El hombre te domina, mar bravío,
llegar quiere á tus límites inciertos,
y tú, envidioso, al ver su poderío,
le arrastras con tu fuerza gigantea,
morir le dejas en tu fondo frío,
mas del naufragio sálvase la idea.
La idea que inspiraba
de Colón el espíritu sereno,
y á vírgenes regiones le guiaba.
La idea, sí, que á Sebastián Elcano
marino audaz, geógrafo profundo,
le impulsó á recorrer por vez primera
en rotas naves la extensión del mundo.

Trabajador del mar, tu eres un héroe,
que olvida el mundo en sus revueltas locas;
¡gloria á tí, que sondeas lo infinito
y alzas el muelle sobre duras rocas!
Ya es Nordenskiold el que atrevido cruza
por los mares del Norte; paso quiere
hacia el Nordeste hallar, facilitando
así nuevos caminos al viajero,
y en los témpanos duros encallando;
y al esperar su triunfo en las sombrías
y prolongadas noches invernales,
desafía las penas que le cercan,
con la fe de sus nobles ideales.
Y al cabo, tras esfuerzos poderosos,
salva tenaz el resistente hielo,
en el *Estrecho de Behring* se lanza,
y término glorioso á su esperanza
halla por fin, y se ilumina el cielo.
El cielo resplandece con los rayos
de perezosa y suave amanecida,
y brilla el ventisquero en las alturas,
el oso se refugia en su manida,
y las aves sacuden su plumaje,
y las flores despiertan á los besos
del amor y la luz, que son la vida.

¡Gloria al hombre de mar! él, nivelando
la fuerza y el vapor en la caldera,
guía el pesado buque á su albedrío,
remotos continentes enlazando,
de libertad al nombre, y despertando
santas ideas en el pueblo opreso.

Y del Ocaso lleva hasta el Oriente
las preseas del arte y del progreso.
Envuelto en la metálica *campana*,
se hunde el buzo en el mar, como en la fosa
se hunden las ansias de la vida humana,
y busca en la esplendente Oceanía
la retorcida flor de los corales,
y sigue en peligrosa pesquería
hasta encontrar la perla que se cría
en un nido de musgos y cristales.
¡Gloria al hombre de mar! Él ennoblece
con grandes hechos nuestra patria historia;
él murió en Trafalgar con heroismo,
y en Lepanto hizo suya á la victoria.

II

Todo en la costa anuncia la tormenta;
las aves que se vuelven asustadas,
y el convulsivo choque de las olas
por invisibles genios arrastradas.
Gruesa la mar, la noche negra, y lejos,
entre los densos pliegues de las brumas,
una barca se ve, sola y perdida,
que arrastra el viento y cubren las espumas.
¿Quién va en ella? El honrado marinero
que, padre amante, esposo idolatrado,
tiene allá, en los confines de la playa,

un hogar escondido
al amor y al trabajo consagrado.
En él la esposa con temor le espera,
lloran los niños por el padre ausente,
y lejos, lejos de la ansiada orilla,
pensando en ellos, desmayar se siente.
Y grita en vano, que su voz se apaga
sin que llegue al hogar de sus amores,
ni acudan á calmarle en su amargura
las barcas de los otros pescadores.
Solo en el mar, y de luchar rendido,
sin esperanza de encontrar consuelo,
el hijo de las olas se arrodilla,
surca el llanto su pálida mejilla,
á Dios se acoge con ferviente anhelo,
y así dice:—Señor, ya que la muerte
voy á hallar en el fondo de los mares,
mi alma recibe, que á la tuya vuela,
y á mis hijos, Señor, no desampares.
Mitiga en ellos el dolor profundo,
que va á causarles su orfandad temprana.
¡quedan pobres y solos en el mundo!
Por mi esposa y mis hijos
vela, Señor, como amoroso padre,
que no les nieguen, si mendigan, tristes,
un pedazo de pan para su madre.—
Y el pobre marinero, con angustia,
dobla hacia el pecho la turbada frente.....
Como de su dolor compadecida,
la mar calmó, al oirle, su corriente,
y de pronto, rompiéndose las nieblas,
del mar en las inmensas soledades,

brilló un foco de luz, que reflejaba
en las ondas sus bellas claridades.
¿Qué milagro es aquél? ¿Qué sol revive
del fondo de las aguas cristalino?
Es el faro, es la antorcha del marino,
que ya señala el escondido escollo,
ya al náufrago infeliz muestra el camino.
¡Es el faro! En su torre, que se eleva
sobre el mar, con magnífica arrogancia,
un hombre oscuro solitario vive,
cuidando de avisar al navegante,
que no está el puerto, por su bien, distante.
¡El faro! ¡El faro! Al contemplarlo, absorto,
el marinero que perdido estaba,
bendijo aquella luz resplandeciente
que el camino del puerto le mostraba,
que á su hogar escondido,
por fin, alegre y sano le tornaba.
Y remó con afán; y, al ver sus ojos
una mujer corriendo en la ribera,
gritó con voz ahogada por el llanto:
—¡Esposa de mi amor, ya voy; espera!—
y al fin llegó. ¡Momento venturoso!
rendido el fiel esposo,
tendió á la bella los amantes brazos,
y la mar arrulló las oraciones
que al hallarse dijeron entre abrazos.
Corrieron á la choza que veían,
y que las pobres redes pescadoras,
secándose en las tapias, envolvían,
y allí junto á dos cunas, que blanqueaban
de limpia alcoba sobre el duro suelo,

dos niñas hermosísimas rezaban.
¡Bendito el Dios que mitigó su duelo,
que oyó sus preces desde el alto cielo!

. . . . . .

Reinó el silencio en el dichoso albergue
donde el trabajo y el amor unidos
dan á sus olvidados moradores
la esperanza, la paz y la alegría;
el torrero velaba en su atalaya
dando luz á la playa,
y el mar en dulce calma se dormía.

DRAMA VULGAR

PAISAJE

I

En lo bello mi mente se recrea;
por eso siempre amó mi fantasía
del hombre el alma, de la mar lo ignoto,
del insondable cielo la poesía,
y de mi tierra patria,
la espléndida región de Andalucía.

El campo, el campo de matices lleno,
que da de su hondo seno,
con atrevido alarde,
flores y aromas al nacer la aurora,
flores y frutas al brillar la tarde.

Donde duermen las bellas entre flores,
y los pájaros hacen su nidada
en la casa pequeña y blanqueada,
donde anidan también los labradores.

Esa región hermosa,
que un río de corriente caudalosa
riega, arrastrando filamentos de oro,
en cuyo cauce el suelo
sediento bebe y abrasado queda,
y el anchuroso cielo
irradia luz, y savia la arboleda:
donde hasta el sol ardiente,
porque está de la tierra enamorado,
de besos y de amor nunca saciado,
más temprano se asoma por Oriente.

Allí, de un lado, la elevada sierra,
altiva dominando la llanura,
sus picos muestra de gigante altura,
y semeja recortes bizantinos
de la tajada mole la hendidura.
Por el declive que su base forma
el agua se despeña entre rumores,
y en la alegre mañana,
el iris deja en ella sus colores,
y la piedra se torna filigrana.

En el llano contémplase la aldea,
brindando paz á quien la paz desea;
en la plaza, la iglesia, que está en ruina,
y allá al frente, cien hombres que trabajan,
plomo extrayendo de la abierta mina.

Y mientras buscan, perforando rocas
y entonando dulcísimos cantares,
la veta que escondió el acantilado,
de la piqueta el eco prolongado
se pierde en los frondosos olivares.

II

SUEÑOS

I

María es en el lugar,
la moza más codiciada
por su hermosura sin par,
aunque dicen sin cesar,
que mata con la mirada.

Su cuerpo es delgado y bello,
su fresca boca encendida,
negro el rizado cabello,
y late en su erguido cuello
la juventud y la vida.

En su alma pura y sincera
siente el alegre temor
de quien vacila y espera;
y es que, por la vez primera,
la ha sorprendido el amor.

Amor que luego ha crecido
con el ardiente anhelar
del amor correspondido,
y es al fin su prometido
quien como ella sabe amar.

Quien respetado en la aldea
es por la gente, que dice,
que vence cuando pelea,
que hay moza que le desea,
y vieja que le bendice.

II

Cuando la noche apaga
la luz del firmamento,
y está impregnado el viento
de aromas de azahar,
sus dulces confidencias
de sueños y de amores
comienzan sin temores
María y Baltasar.

En la saliente reja,
de nardos adornada,
la bella está asomada,
temblando de emoción;
él, que la mira á un tiempo
violento y cariñoso,
—pronto seré tu esposo—
la dice con pasión.

Mira, mira en el valle
la casa en que he nacido,
aquel es nuestro nido,
te quiere allí mi afan;
en ella nos aguarda
la dicha que soñamos,
¡los hijos que tengamos,
en ella nacerán!

Al pie de la ventana
florece la verbena,
mi madre, siempre buena,
la cuida para tí.
Y yo puse en la virgen,
colgada sobre el lecho,
la flor que de tu pecho
quitaste para mí.

Desamparada vives,
por desgraciada suerte,
mas, como yo soy fuerte,
tu amparo yo seré;
y tú serás el mío,
cuando al volver cansado,

en tu hombro delicado
la frente apoyaré.

¡Oh! gracias—ella dijo
con apagado acento,
—tan noble sentimiento
mi amor te pagará;
ya con la luz del día
la cumbre se engalana,
tuya seré mañana.....
la dicha cerca está.

—Mañana, sí, y ahora,
adiós, que ya me espera
mi pica y mi cantera—
sepáranse los dos.
Ella le ve alejarse,
del sol á los reflejos,
y él vuélvese á lo lejos
para decirla—adiós.

El gallo el huerto alborota,
llama al templo la campana,
y entre los alegres ruidos
que nacen con la alborada,
se percibe vagamente
una voz triste que canta:

«Pobrecitos los mineros
qué desgraciaditos son,
que se bajan á las minas
y mueren sin confesión.»

III

ABISMO

El sol de la fecunda primavera
quema las flores del extenso llano,
y en una charca sucia reverbera,
donde se agita un hormiguero humano.

Con los pies en su fondo cenagoso,
cien hombres allí están medio desnudos,
recogiendo y limpiando sin reposo
piedras que hieren con perfiles rudos.

De la mina la boca prolongada,
de allí no lejos con temor se advierte;
¡la mina! que es la tierra profanada
donde luchan los pobres con la muerte.

¡El abismo es la mina! El pensamiento
sus vírgenes secretos le ha arrancado;
y honda es como el humano sentimiento,
negra como la sombra del pecado.

Del minero recuérdame el destino,
cuando en el triste subterráneo avanza,
al hombre de la duda en el camino
y al hombre que persigue la esperanza.

¡Ah! ¡Los trabajadores!.... ¿Quién osado
la fe les negará, si á sus destellos,
ven y adoran al Dios que les ha dado
hijos, que son esclavos como ellos?

De pronto suena un grito indescriptible
tras un estruendo prolongado y hondo,
y algo en la tierra pasa indefinible,
al momentáneo trepidar del fondo.

Los hombres lanzan ayes de agonía,
la mina cercan con anhelos vanos.....
Socavada se hundió una galería,
y allí la tumba está de sus hermanos!

El mal irremediable, alegre el cielo,
doquiera confusión, llanto y temores.....
y la campana, repicando á vuelo,
alarma á los sencillos labradores.

Y abandona la esposa sus hogares,
corre la madre de ansiedad rendida,
y llora presintiendo sus pesares
de un minero la hermosa prometida.

¡Desdichada! No sigas delirante
por el camino que la gente llena,
que no podrá tu corazón amante
resistir lo terrible de tu pena.

¡Detente por piedad! ¡Empeño vano!
¿Quién pára el rayo que nació en la altura?
¿Quién detiene el impulso sobrehumano
que nos lleva al abismo en la tristura?

Ya llegan presurosas las mujeres:
una besa el esposo idolatrado,
y otra llama con gritos á los seres
que la mina en su fondo ha sepultado.

Llega María: en su inquietud, oprime
las manos sobre el seno dolorido,
corre, pregunta y amenaza y gime,
mas no creyendo á Baltasar perdido.

La responden al cabo: un grito lanza,
golpea con furor su blanco pecho,
y se aumenta, perdida la esperanza,
la fiebre de su amor no satisfecho.

Algo murmura que á decir no llega
su voz por el dolor enronquecida,
y algo que pasa, sus pupilas ciega,
es la ilusión postrera de su vida.

Y ¿qué importa?—Gimió con desconsuelo,
corriendo hacia la mina.—Nos amamos,
si acaso no nos vemos en el cielo,
en el abismo al fin nos desposamos.

Y al fondo de la mina tenebroso
rueda la sin ventura enamorada;
huyendo del pesar, halló el reposo.....
¡ay! quizás el reposo de la nada.

ARTE Y AMOR

La contempló un instante
con hondo anhelo.....
Jamás pincel humano
copiar podría,
de sus ojos azules
el claro cielo,
de su rubia cabeza
la poesía.

Semejaba, pisando
la linfa pura
del arroyo, que libre
surcaba un prado,
el blanco geniecillo
de la ternura,
á conmover un alma
quizás bajado.

Copiar quiso el artista
forma tan bella,
mas apenas trazada
con maestría,
el artista confuso
soñaba en ella
con la mujer hermosa
que presentía.

Y á la niña dejando;
con frío acento,
al sentir que en sí el hombre
se revelaba,
exclamó:—Eres materia
de todo aliento;
la humanidad, por siempre,
será tu esclava.

De la plástica forma
la idea parte
que inspira de lo bello
las creaciones,
y en tu cuerpo de niña
no encuentra el arte
la curva engendradora
de las pasiones.

Vuelve á mí, ya formada,
tu boca breve,
con más oro el cabello,
y el torso erguido,
cuando en tus senos blancos

como la nieve,
del corazón ansioso
tiemble el latido.

¡Ah! yo sé que más tarde,
cuando los años
que en nuestra vida tejen
sombra y destellos,
dejaron al artista
los desengaños,
blancas hebras ocultas
en los cabellos,

contempló indiferente
la imagen bella
de una mujer, que amante
le sonreía.....
Faltaba ya á sus ojos
la luz de estrella,
y á su cabeza rubia
la poesía.

Parecía sentada
con abandono,
y el cuerpo mal velado
por los crespones,
la rendida bacante
sobre su trono,
la encarnación de todas
las tentaciones.

Él la dijo:—Aunque hermoso
tu cuerpo vea,

déjame, que mi anhelo
tú ya no calmas;
dichas de amores puros
mi ser desea.....
Si el arte quiere formas,
el amor ¡almas!

ESPEJISMOS

A la Excma. Sra. Doña Flavia Cueto de Fuentes Bustillo.

Rompiendo la armonía de aquella playa
donde las verdes olas cantando espiran,
cual gigante en acecho, como atalaya
del infinito enfrente, los ojos miran

una mole rodeada por la corriente:
es un alto peñasco de perfil duro,
que oculta sus jirones en un ambiente
que del peñón las sombras hacen oscuro.

En sus ásperas quiebras, las altas olas
que vienen desde el polo, frío y desierto,
cantando que del Norte las playas solas
ya con la primavera brindan el puerto,

enmudecen, se agitan con ansia fiera,
se rompen, el peñasco su sombra avanza,
y la espuma que flota, blanca y ligera,
semeja el cendal roto de la esperanza.

Cuando la negra noche, venciendo al día,
ensombrece del cielo los horizontes,
y medrosa se tiende la lejanía,
y los lobos aullando cruzan los montes;

cuando la negra noche llega sin luna,
y el pastor temeroso guarda el ganado,
y el ruido de la lluvia nos importuna,
y del campo los ruidos nos dan cuidado,

quien se fije de lejos en la silueta
del peñasco tan firme como sombrío,
que agranda sus contornos duros de atleta,
cual si llenar quisiera todo el vacío;

quien advierta su seno despedazado
y la trágica forma de su rompiente,
piensa que es Prometeo que, encadenado,
desafía á los cielos impenitente;

piensa que es una nave que, allí enclavada
por secretos designios, el puerto cierra
al marino que deja tras sí olvidada
la mar por un oscuro rincón de tierra;

piensa que es el fragmento de un astro ignoto,
de siderales ejes desencajado;
el fragmento perdido de un astro roto
en las altas regiones de lo ignorado.

Mas apenas las brisas de primavera,
como un himno de amores suben al cielo,
y el sol besa los prados, brilla en la era,
y á la lluvia de mayo florece el suelo,

cuando llegan las noches primaverales,
y en su cielo estrellado brilla la luna,
y á su luz son florestas los matorrales,
y la charca fangosa limpia laguna;

quien en noche serena mire á lo lejos
del peñasco la mole firme y sombria,
sorprenderá en sus quiebras vagos reflejos,
y en sus ásperas curvas algo del día.

En blancos remolinos se alza la espuma,
que brilla con extraña fosforescencia,
y en sus plieges, aéreos como la bruma,
parece que dormida va la Inocencia.

Cada vez que, saltando del remolino,
una ola al peñasco se enrosca y crece,
al ascender, de estrellas traza un camino,
y parece, bajando, sol que amanece.

Por la luz y las olas acariciado,
su negrura el peñasco trueca en fulgores,
y una concha es su seno despedazado
donde se citan Venus y los Amores.

Y parece á lo lejos nave dorada
que es de un mundo sin nombre la mensajera,
y que trae para el alma desconsolada
promesas del ausente que en vano espera.

Y el pedestal parece donde anhelamos
ver alzarse grandiosa sobre el granito,
la estatua del que logre que conozcamos
esos mundos que pueblan el infinito.

. . . . . .

¡Ah! costa de las nieblas, costa terrible,
donde el bajel rosado de la ventura
se estrella en el escollo de lo imposible
que envuelve la ola negra de la amargura.

¿Por qué de los naufragios los restos fríos
insepultos se agitan en tu corriente?
Mares que atrás dejamos, siempre sombríos,
¿por qué está de tus playas la luna ausente?

San Sebastián.

AUSENCIA

(1887-1897)

SONETO

Te conozco, aunque llegas recatada
de la ilusión amiga con el manto,
porque, á través de ese fingido encanto,
tu faz miro de sombras coronada.
Te ve el hombre al nacer, por tí olvidada
no hay existencia; en horas de quebranto
¡quién en tu pecho no vertió su llanto!
¡dónde irás, que no seas esperada!
En la infancia te hallé por vez primera,
y ya en la juventud, contigo vino
á brindarme su luz la primavera...
Tristeza, pues que á tí me unió el destino,
pon tu mano en la mía, compañera,
y sigamos el resto del camino.

Señorío de Drozdowo (Polonia).

DROZDOWO

¿Todo igual? No. Del campo amarillean
los ramajes ayer entrelazados,
la cigüeña partió, y en los tejados
las cornejas, graznando, se recrean
al sentir que traspasa su plumaje
una primera ráfaga de frío,
que es del invierno aterrador mensaje.
De la selva los genios moradores,
libres del sol que despreciando viven,
se agitan en la sombra que reciben
del pinar donde anidan los rumores.

Y cuando de la nieve los cendales
cubran la estepa, la ondulada cima,
y del agua detengan los raudales,
los genios de la selva en danza loca
darán al viento el canto misterioso
que persigue, cual grito, al delincuente,
que arrulla al bueno en plácido reposo,
y suena cual burlona carcajada
en el oído del que anhela ansioso
de la Fortuna esquiva una mirada.
¿Todo igual? No. Del áspero sendero
que á la altura conduce, busco en vano
la humilde flor silvestre que prefiero;
y ya sin vida miro el hormiguero,
y el lodo encharca la amplitud del llano.
Tan sólo en la tortuosa carretera
aquel hombre que vimos compasivos,
igual que ayer trabaja tristemente,
y el sudor que resbala por su frente
nubla á veces sus ojos expresivos.
Desde que luce alegre la mañana,
hasta que el sol los cielos abandona,
pica la dura piedra que amontona,
siempre hacia el suelo la cabeza cana;
y hace pensar al alma dolorida,
que cuando todo cambia en la Natura,
solamente la humana desventura
ni es mudable, ni pasa cual la vida.....
¿Eterno sólo el mal? Eternamente
tambien es la ilusión la compañera
de quien, como ese mísero judío,
desfallece, trabaja, cree y espera.....

CANCIÓN

¿Porqué el silencio turbas del triste hogar aislado,
y al pie de mi ventana resuena tu cantar?
Aléjate, que hieren tu rostro delicado
los copos de la nieve que caen sin cesar.

¡Aléjate! Tu acento me inquieta y me fascina;
tú sabes que las notas de esa alegre canción
son las risas de un loco, son la queja divina
de quien ama y maldice, mundana tentación.

¿No sabes que esas notas despiertan en la mente
deseos insaciables de gloria y de poder,
que, pérfidas, sus frases nos dicen dulcemente
que es la dicha la gloria, que amar es padecer?

Aléjate, que el viento tu traje desordena
y sus ráfagas hielan tus labios, al pasar.
¡Eres niña, eres pobre! ¡Cómo verte sin pena,
la locura y los vicios de los hombres cantar!

Abandona este suelo; la Tristeza lo habita
y la Muerte lo cerca, y lo olvida la luz;
vuelve, vuélvete á Italia, que es la tierra bendita,
y, al menos, sobre flores, arrastrarás tu cruz.

Vuelve niña á tu patria, mas si antes te detienes,
busca amigo refugio en mi suelo español.
Que Dios guarde tus horas, no te esquive sus bienes,
y alumbre tu camino con un rayo de sol.

Moscou.

FAMILIARES

A la eminente poetisa Blanca de los Rios de Lampérez.

I

Rozando en los cristales cae la nieve,
antes de dar con su blancura en tierra,
y al cruce del trineo por la calle,
la nieve, endurecida, se cuartea.

En la desierta calle, de las casas
se distinguen borrosas las siluetas,
más se oculta que brilla entre celajes
de la luna la pálida belleza.

Las cornejas, de frío desveladas,
graznan desde las torres de la iglesia,
y ahulla el perro guardador del atrio
donde se apiña la cortada leña,

que oculta á trechos por brillante nieve
y á grandes trechos por la sombra envuelta,
algo tiene en sus curvas desiguales
de monstruosa ó fatídica apariencia.

Y allá á lo lejos, como sol caído
que conservara de su luz la fuerza,
de un incendio las rojas llamaradas
el horizonte negro colorean.

Al cielo suben en humeantes olas
del infortunio y del dolor las quejas,
y al ruido de un hogar que se derrumba,
hasta la noche en los espacios tiembla.

¡Y todo en calma aquí! Con suaves luces
la lámpara ilumina en la ancha mesa
las hojas de papel, los varios libros
que el trabajo constante desordena.

Imágenes queridas nos sonríen,
recuerdos de mi España nos rodean,
y al calor del hogar se abren mis flores,
dándome anticipada primavera.

Del calado balcón por los cristales,
un rayo de la luna, que penetra,
hasta el Angel que plácido reposa,
con claridad de amanecer se acerca;

y al posarse en la frente adormecida,
donde aun son nacaradas las ideas,
y al posarse en los ojos que fulguran
despiertos, con la vida que alborea,

yo pienso que es de Dios una mirada
ese rayo de luz pálida y bella
que viene á prometerme que los males
no herirán una vida que comienza.

Cae la nieve rozando en los cristales,
se ve á lo lejos que el incendio aumenta.....
Detén la pluma, deja el libro y dime:
¿por qué el Dolor no emigra de la tierra?

II

MARÍA ROSA

A veces, al contemplarla
que, abandonando sus juegos,
se queda un momento absorta
fijando sus ojos negros
en un punto del espacio
que no sé si es tierra ó cielo,
siento que algo de sombrío
pasa por mis pensamientos.

Apenas se abre á la vida,
apenas de ese gran sueño
del no existir envidiable
su espíritu está despierto,
y ya se mueve en su fondo
yo no sé qué de secreto,
que le hace tornar los ojos
para mirar á lo lejos.....

¿Qué busca allí su mirada?
¿qué voz oye en el silencio?
¿qué vislumbra entre las nubes
ó qué persigue en el suelo?
¿Qué mundo desconocido
está para su alma abierto?
¿qué turbaré, si la turbo
de ese extraño arrobamiento?

Sentada está entre las flores
que alegre cogió en el huerto,
entre sus cruzadas manos
sostiene el juguete nuevo,
y un rayo del sol de otoño
besa sus rubios cabellos,
en tanto que por el parque
pasa quejándose el viento.

Empieza su obra la vida
que va ese ser invadiendo
con sus oleajes de savia,
con sus impulsos eternos.....
Empieza su obra la vida
que trabaja en el misterio.....
Peligro oculto entre flores,
te conozco, y me das miedo.

Drozdowo.

III

BELCHA

Jugando en mis brazos, las dos se reían;
del día las luces opacas huían,
y el viento, arrancando la nieve del suelo,
tejía con ella fantástico velo
que, huyendo de todo, y á todo prendido,
ligero pasaba cual bien perseguido.....
El árbol, al paso del viento, inclinaba
su herida cabeza, y así derramaba
las lágrimas todas que Dios da á sus males,
cuajando en sus ojos de nieve cristales.
El viento, furioso cual nunca, rugía,
la carga queriendo arrojar que traía
de gritos de angustia, de horror y miseria
que puso en sus alas de monstruo Siberia.
Por él sacudidos, allá en los tejados
los flecos del hielo caían quebrados,
y al ruido que hacían al dar en la nieve
que alzábase en curbas de extraño relieve
la calle inundando, yo á veces pensaba
que alguien un cercano sepulcro labraba.....

De harapos vestido, la calle desierta
cruzó un pordiosero, llamó en una puerta,
le dieron pan duro, mordíalo andando,
de sus pies, por desnudos, deformes,
en la nieve las huellas dejando.
Las dos en mis brazos dichosas reían,
del día de invierno las luces huían,
y, abriendo los negros celajes de Oriente,
brilló en los espacios la luna creciente.
Las dos la miraron..... María extasiada,
mas Belcha por ansia secreta agitada.
Y alzando de pronto las manos al cielo,
—yo quiero la luna—me dijo con duelo—
yo quiero la luna, que brilla tan bella,
yo quiero la luna, acércame á ella.—
Y el brazo extendiendo con ímpetu vano,
¡la luna quería coger con la mano!
No sé que la dije después de escucharla,
besé su cabeza queriendo calmarla,
pero ella, llorando, la luna pedía,
la luna, que lejos, brillaba y huía.
Callé atormentada por ansia indecible,
con miedo pensando:—¡Dios mío; que nunca
su espíritu anhele la dicha imposible!

INVERNALES

A mi madre.

Me acerqué á la ventana; dobles cristales
la cierran todo el tiempo que dura el frío,
y entre sus dos vidrieras, las inmortales,
esas flores postreras que da el estío,

sobre musgo posadas, allí perecen
á los fieros rigores de la invernada,
las ponen como adorno, pero parecen
una mustia corona de amortajada.

Inmóvil contemplando caer la nieve,
y siguiendo los copos en su caída,
y percibiendo apenas el ritmo leve
del corazón, que teje su propia vida,

vi surgir de otra tierra los horizontes,
de otro cielo las luces me iluminaron,
sobre mares azules vi altivos montes,
que, al chocar con el cielo, se desgarraron;

y el patio con aroma de naranjales,
y, encanto de los ojos, en la calleja,
con guirnaldas movibles y desiguales
de jazmines y rosas, la oculta reja.

Y vi luego la hermosa ciudad lejana,
bulliciosa y alegre como ninguna,
¡quién, cual ella, á sus gracias de cortesana
tan pudorosas gracias habrá que una!

La sangre del progreso corre en sus venas,
el laurel la corona de sus conquistas,
y ora cante ó, vencido, llore sus penas,
siempre será su pueblo de héroes y artistas.

Hay allí un suave encanto que en todo vive,
en el alma, en los ojos, y en los cantares,
que coronando el monte se lo percibe,
y en la bruma se mece sobre los mares.

Que da al vivo entusiasmo las expansiones,
que envuelve el carro de oro de la Fortuna,
que con el sol irradia, y en los balcones
se posa, cuando en ellos brilla la luna.

Allí del mediodía doquier se nota
ese encanto impalpable que esparce el cielo,
que es color y es ambiente, que brilla y flota
hasta en el fino polvo que cubre el suelo.

Inmóvil contemplando caer la nieve
y siguiendo los copos en su caída,
y percibiendo apenas el ritmo leve
del corazón que teje su propia vida,

vi perderse á lo lejos las seductoras
imágenes queridas, bramaba el viento.
¿Qué sentí? sentí lentas pasar las horas.
¿Qué pensé? Tu llenabas mi pensamiento.

Kazan (Tartaria Rusa).

EL GINECEO

(Ante un cuadro de Boulanger.)

En el ambiente flota el tibio aliento
de una tarde estival; refleja el día
su luz en el marmóreo pavimento,
y en su centro prestándole frescura,
el agua de un estanque, prisionera,
quejumbrosa parece que murmura.

De la arcada en el término lejano
del hijo libre de la libre Atenas
la figura destácase imponente,
sostiene un libro en la derecha mano,
sobre él inclina la soberbia frente,
y la clámide al sesgo recogida,
en el cuerpo se pliega con la gracia
tan sólo de los griegos conocida.

Bajo el tapiz de pérsicas labores
que á la palmera unido, dosel forma
en el centro del ancho Gineceo,
entre esclavas y pájaros y flores
á la dueña gentil del hogar veo.

Su cuerpo cubre el lino vaporoso
por las esclavas dóciles tejido,
el arte su mansión ha enriquecido,
tiene alegría, juventud, reposo;
y reina en el oculto Gineceo,
como reina la tórtola en el nido,
se adivina al mirarla su existencia,
que en fáciles cuidados se desliza,
sin que ceda ó se imponga la conciencia.

Y allí á su lado está la esclava etiope,
á lo lejos perdida la mirada,
mirada de protesta y de amargura
con la que dice aquella criatura
todo el duelo que siente encadenada.

Ejército invasor llegó á sus lares,
venció aquella legión que parecía
más de salvajes ébrios que de bravos,
á sus carros unció niños y viejos
y en Grecia entró con su botín de esclavos.

Y allí está la infeliz, doliente y sola,
viendo impasible la ventura ajena,
de imágenes queridas y recuerdos
de su patria y su hogar el alma llena.

En su deber con danzas y cantares
los ocios divertir de sus señores,
y sumisa aceptar y sonriente
del dueño aborrecido los amores.

Y sin patria ni amor, sin paz, ni dicha,
ya sueña con fatídica venganza,
ó ya piensa en morir, la esclava etiope
que ha perdido hasta el bien de la esperanza.

¡Oh Grecia! tu que hiciste
de la belleza el inmortal modelo,
y engrandeciste el arte,
y tuviste, feliz, para alumbrarte,
la luz más clara del más claro cielo,
tu eres la Diosa del placer, la Diosa
que aún fijas la mirada de los siglos,
y entusiasmos despiertas, por hermosa.

Por hermosa sin par, mas no por buena,
que cuando, coronada de laureles,
aplaudías los cánticos triunfales
con que Atenas tu gloria celebraba,
ébria de luz, de amor y de ambrosía,
no viste que á tus plantas se moría
sin pan, ni amor, la muchedumbre esclava.

MIEDO

Del Norte en la región desamparada,
del Sur en la extensión verde y florida,
doquiera voy, cual sombra de mi vida
ella viene á mis pasos amarrada.
Me detiene y me brinda su mirada
la gloria entre delirios presentida,
y á que acepte sus dones me convida
generosa, insinuante y porfiada.
¡Oh ventura! deidad que sin la muerte
el hombre en su camino puede hallarte
por raro privilegio de la suerte,
déjame qne te esquive al conocerte,
pues no quiero el encanto de lograrte,
por no sufrir la pena de perderte.

LUCHEMOS

Pasa el tren, cual remedo de la vida
á lejana estación encaminada,
y de su férreo cuerpo desprendida,
como alma por la muerte libertada,

queda en los aires vaporosa nube,
que fluctúa, se acerca ó desparece;
de azul se tiñe, cuando al cielo sube,
y, si desciende, el polvo la ennegrece.

Y como por dos fuerzas misteriosas
y contrarias, al par, solicitada,
ora sube y se eleva esplendorosa,
para caer al suelo desgarrada.

Al verla, allá á lo lejos, me parece
que algo de humano entre sus pliegues mora,
que un dolor misterioso la estremece,
que un alma en ella por los cielos llora.

Y esclava del influjo de la tierra,
á las puertas del cielo encadenada,
parece con el bien y el mal en guerra
esa nube en los aires olvidada.

La noche, ennegreciendo el horizonte,
ha ocultado la nube en su negrura:
¿tragóla el mar?, ¿rastrea por el monte?,
¿cayó en la tierra, ó la ganó la altura?

¡Quién sabe cual ha sido su destino,
de la sombría noche en el arcano!
Sólo sé que, entre sombras, su camino
se abre también todo progreso humano.

Atracción de la vida, que encadena
nuestro ser á existencia deleznable,
en la que hasta el amor nos envenena
y eterno nos fingimos lo mudable.

Atracción de lo ruin y lo pequeño,
que dominas los seres de tal modo,
que convulsos te adoran en el sueño,
y el fruto anhelan madurado en lodo.

Tú, que el vértigo das de las orgías
y enseñas la traición á los amores,
y en vez de las sublimes elegías
das la escéptica risa á los dolores.

Tú, que haces que repudie con desvío
el alma á la verdad; que, en la emboscada
tendida á la conciencia, con lo impío
transija la conciencia hipnotizada.

Tú, que del corazón en lo profundo
siembras y haces que crezca y fructifique
esa planta que extiende por el mundo
su sombra inmensa como mar sin dique.

Del falso amor la planta venenosa,
que se nutre del hombre con la vida,
parásito que mancha la grandiosa
obra del alma á la materia unida.

Anhelo de placer, gloria y riqueza,
satánica atracción de lo mezquino,
tú degradas del hombre la grandeza,
que eres la negación de lo divino.

Tu poder se acrecienta cada hora
y al ideal nuevas victorias gana,
y así vence tu fuerza corruptora:
¿habrá quien luche contra tí mañana?

¡Oh! si! que siembre habrá sobre la tierra
en la que vive el hombre desdichado,
quien combata en sí mismo en cruda guerra
la tentación que es madre del pecado.

No faltará jamás el pecho fuerte
que, abrasado de anhelos ideales,
dé á sus pasiones míseras la muerte,
para gozar los bienes inmortales.

Ni quien, como la nube vaporosa
que asciende, enamorada de la altura,
en lucha gigantesca y dolorosa
la tierra deje por región más pura.

Que es difícil vencer y huir tu influjo,
porque está en el ambiente que aspiramos,
y hasta en el arte que se rinde al lujo,
y hasta en el seno cándido que amamos.

Que es grato á las dulzuras entregarse
de tu poder, que amable nos convida
á seguir cuanto vemos alejarse,
y en lucha esteril malgastar la vida.

¿Que es dificil vencer? ¡Quién eso ignora,
si el aletear sintió desesperado
de un deseo que el alma vencedora
dejó en la roca del deber clavado!

¡Que es dificil vencer, cruento el combate!
Mas ¡qué importan las horas de tormento,
si á cada herida que el valor abate,
se eleva y se idealiza el pensamiento!

¡Ah! Mientras que afligidos arrastramos
nuestra mísera planta ensangrentada,
si con el alma el cielo vislumbramos,
no es baldía, aunque ruda, la jornada.

Lóndres.

PLATÓNICA

Déjame que te diga cuanto te quiero,
aunque nunca en la tierra tú serás mía;
si lo fueses, acaso te perdería.....
¡Por terrenas uniones, desventuradas,
nuestras almas por siempre se han separado!
La esperanza prefiero, que poseerte
en esta vida breve, y al fin perderte.
¡Te adoro! mas de lejos voy á adorarte.....
Me purifico, y quiero purificarte.

Ámame, aunque de cerca nunca me veas,
mía no eres..... suframos porque lo seas.
Es el cuerpo el verdugo de los amores,
de la ilusión él hace morir las flores,
del espíritu turba la dulce calma,
con sus deseos logra vencer el alma,
y somos dominados por los sentidos
¡ay! los más miserables de los caídos.
Yo sé que hay otro mundo todo harmonía,
donde irán á encontrarse tu alma y la mía,
si perfección completa los dos ansiamos
y si, para alcanzarla, nos separamos.
El camino te marca mi sentimiento,
alúmbreme el camino tu pensamiento.
!Tuyo soy, mía eres, ¿qué mejor suerte
que amarnos, sin que miedo nos dé la muerte!

ENIGMÁTICA

A Marjan y Jan Lutoslawski, recuerdo fraternal.

Esbelta y rubia, de su noble raza
las grandezas refleja su persona:
tiene su distinción algo de altivo,
que los graciosos movimientos borran.

Desdeñosa sonríe, cuando escucha
los elogios que inspira su belleza;
la sigue una legión de adoradores
y escéptica sonríe á sus promesas.

Y suele la ironía de sus frases
herir á quien la escucha, si no advierte
que, irónica ó altiva, en sus miradas
un rayo bondadoso luce siempre.

Hermosa y joven, millonaria y libre,
halla siempre á su paso la victoria;
mas también á la envidia que vocea,
y á su hermana la crítica curiosa.

Dicen unos que es pérfida y mudable,
que egoista disfraza su egoismo,
que quiere ser la esposa de un monarca
y un imperio regir á su capricho.

Mas se sabe que un Rey, de ella prendado,
lloró á sus plantas por llamarla esposa,
y que ella, ni altanera, ni sensible,
rechazó el poderío y la corona.

Dicen que de la gloria enamorada,
su nombre quiere unir al de un artista
que perpetúe su hermosura regia
y haga un triunfo perpetuo de su vida.

Mas se sabe también que el gran poeta
que al pueblo despertó con sus cantares,
la percepción intensa al darle un día
de fines y destinos inmortales.,

de la noble beldad enamorado,
cantó su amor en los famosos versos.....
Versos en los que el ritmo, la palabra,
la ternura, el amor, ¡todo es eterno!

Y ella, cual antes desdeñara un trono,
desdeñó del poeta amor y gloria,
sin que nadie comprenda lo que quiere,
ni si es buena ó si pérfida la hermosa.

Que jamás tuvo amor, el mundo sabe,
que, á su edad, imposible es el hastío;
mas ¿por qué la ansiedad, y el descontento
y la inquietud creciente de su espíritu?

¡Viajar, siempre viajar! Esa es su vida,
cual si obediente á misterioso impulso,
un fantasma ó la dicha persiguiendo,
su sino fuera recorrer el mundo.

Frívola en Niza, pensativa en Roma,
deslumbrante en París, triste en Venecia,
doquiera va, parece que la falta
un algo de ella misma, ausente de ella.

Todos al conocerla la definen,
sin que de acuerdo estén las opiniones:
—*Neuropata*—llamóla en Inglaterra
el más sabio doctor de los doctores.

Y un célebre psicólogo, al oirla,
dijo de ella con tono indiferente:
—*Alma sin voluntad.* Esta no sabe
ni por qué vino aquí, ni por qué siente.—

—*¡Necia!*—llamóla un tonto desdeñado,
—*¡Hipócrita!*—una amiga predilecta,
—*¡Angel!*—un pordiosero moribundo,
y un don Juan á la moda—*¡buena hembra!*—

. . . . . .

Yo la he visto pasar, mirando el cielo,
por un bosque grandioso de Polonia;
yo la he visto pasar pálida y triste,
y, esquivando la fiesta, llorar sola.

Y pensé en esas almas sin ventura
que, cual aves del cielo desterradas,
ni el amor de los hombres las conmueve,
ni del mundo los goces las halagan.

De ellas es la inquietud dominadora
y el vago malestar del descontento,
la viva pulsación de los que aspiran
al mundo prometido ó que perdieron.

Criaturas extrañas que, anhelando
la vida y el amor como lo sueñan,
se abrasan en amores ideales.....
¡y pasan insensibles por la tierra!

San Petersburgo.

AL LEER LA NOTICIA DEL NAUFRAGIO

DEL REYNA REGENTE

EN EL CABO TRAFALGAR

I

No lo puedo creer, aunque segura
llega á mí la noticia en lengua extraña,
que hiriera Dios el corazón de España,
de ser verdad tan grande desventura.
¿Cómo del mar y el viento la conjura
vencer pudo á los hombres con tal saña?

¿Cómo de Trafalgar en la honda entraña
sitio aún hay para tanta sepultura?
¿Las furias al navío se enroscaron,
y con el férreo cuerpo del guerrero
sus nobles defensores enterraron?
¡Señor! si es cierto el mal, y justiciero
te han de llamar cuantos á Ti clamaron,
habla Tú, y desagravia á un pueblo entero

II

Desagráviale, sí; no ha merecido
tal dolor ese pueblo valeroso;
peca, pero viril y generoso,
ni tu altar ni su gloria dió al olvido.
Si hoy por secreta culpa le has herido,
duélete de su estado lastimoso,
á él descienda tu espíritu piadoso,
y con tu amor se sienta protegido.
Llena el vacío Tú de los hogares,
y da con esperanzas placenteras
de otra vida, consuelo á los pesares,
y no dejes que en playas extranjeras
depositen sus víctimas los mares
entre perdidos trozos de banderas.

Drozdowo.

EN NOSOTROS

. . . . . .

No te encontré felicidad ansiada,
y te juzgué tan sólo una quimera,
con la que va la humanidad entera,
engañando su sed en la jornada.

Visión hecha de luz, que la abrasada
mente del primer hombre concibiera,
cuando ante él y su hermosa compañera,
del Paraíso se cerró la entrada.

Ilusión que heredamos los nacidos,
porque podamos levantar la vista
de la tierra á celeste lontananza,

arma irrisoria dada á los vencidos,
pretexto ruin para que aquí persista,
tendiéndonos sus redes, la esperanza.

Me engañé, y en el éxtasis sagrado
que embarga el corazón, cuando percibe
que, al lado de él y de él, un otro vive
de su sangre y su espíritu formado,

á mi conciencia al fin te has revelado
y ya no hay nada que de ti me prive,
que no pude encontrarte se concibe,
por que dentro de mi no te he buscado.

No eres una visión engañadora,
sino germen sembrado con la vida
que cada corazón lleva latente.....
¡Y nos mata la sed abrasadora,
cuando está en nuestras almas escondida
de la felicidad la eterna fuente!

TEMPESTAD DE UNA TARDE DE VERANO

A Cándida Vaz de Carbalho Ayres de Magalhaes.

Fingió la tempestad negro crepúsculo
al pasar sobre el parque majestuoso,
que extendía sus verdes alamedas
de linda casa en torno.

Al retemblar del trueno, de las finas
columnas que adornaban la terraza,
las flores trepadoras, desprendiéndose,
caían deshojadas,

y la luz del relámpago en los vidrios,
húmedos por la lluvia y empañados,
pasaba abrasadora, como el beso
por amorosos labios.

Ella y él, ambos jóvenes y amantes,
veían con estraña indiferencia
brillar el rayo, desgajarse el roble
é inundarse la tierra;

porque cuando conmueven nuestro espíritu,
de la pasión las ráfagas ardientes,
sólo el propio dolor, ó el goce propio,
que existen nos parece.

Ella y él, ambos jóvenes y amantes,
en tanto que bramaba la tormenta,
celosos, duras frases murmuraban
de enfado y de protesta.

El paseaba intranquilo, y cuando á veces,
lanzando un grito, detenía el paso,
el ciego impulso de matar dijérase
que agitaba su brazo.

Ella inmóvil y altiva, pero triste,
acusaba á su vez con firme acento,
mas, como era mujer, en su coraje
se adivinaba el miedo.

De aquellos dos amantes que sufrían,
las querellas perdiéndose en los aires,
hacían más medrosa la tormenta
y más triste la tarde.

La rabia de él templose, cuando de ella
la frase de reproche ahogó un sollozo;
y la tomó las manos dulcemente,
y la besó en los ojos.

Ella rió llorando, él, sonriendo,
hablar aún quiso de sus quejas todas.....
Perdón—murmuró ella con ternura—
y él la besó en la boca.

Lentamente, las nubes que cubrían
el espacio infinito de los cielos,
arrastradas por fuerzas misteriosas,
perdiéronse á lo lejos.

Cesó la lluvia, el viento huracanado
plegó sus negras alas destructoras,
y las aves cantando se reunían
en las húmedas frondas.

Al pie de ellos se hallaban los caídos
en los instantes del combate rudo,
las yertas hojas, las heridas ramas
y el malogrado fruto.

Las flores arrancadas de sus tallos,
la altiva rosa con la humilde hierba,
y, con las ténues alas extendidas,
las mariposas muertas.....

Brilló el sol, y marcando en los espacios
lumínicos senderos sus matices,
brilló al lado del sol que se alejaba
el hermoso arco iris.

Miráronle risueños los amantes,
y luego, contemplando á su adorada,
el joven murmuró—Tras la tormenta
es más dulce la calma—

—Es más dulce la calma—ella repuso
con suave voz gemela del suspiro—
y él vehemente añadió—cual resistieron
al rayo, su enemigo,

los árboles, los montes, y la tierra,
de tal modo resisten los amores
el embate furioso de los celos,
sin que les hiera el choque.

Pasó la tempeslad, y el parque es parque,
y como antes brillaba, brilla el cielo.....
La borrasca pasó por nuestras almas,
mas sin tocar lo eterno.

Ella miró á su amado, luego, al parque
tornó los bellos apagados ojos,
y al mirar tantas flores moribundas,
tantos ramajes rotos,

sintió á sus ojos agolparse el llanto,
y se dijo á sí misma con tristeza:
—son las borrascas íntimas del alma
como las de la tierra.

Resisten á una y otra, lo inmutable
el amor que nos une, por eterno,
las montañas, los mares..... mas las flores
caen al soplo del viento.

Llevamos un plantel en nuestro espíritu
de florecillas pálidas y débiles;
de los afectos al calor suave
ellas nacen y crecen.

Parietarias de amor, tienen por nombre
fe, esperanzas, ensueños,
ellas dan su perfume á los humanos
amorosos anhelos;

y esas flores la furia no resisten
del huracán, las mata la tormenta,
y entre ellas caen las ténues ilusiones,
cual mariposas muertas.

UNA CARTA

A mi amiga Angela del Pino de Escario.

¡Porqué no te escribí? Perdón. Del día
me sorprendió la luz en la ventana,
que copia con sus vanos esculpidos
y sus guirnaldas de laurel, el agua.

Te contemplé en el pórtico un instante,
y te vi en la marmórea escalinata
saltar hasta la góndola ligera,
que me privó del bien de tus palabras:

y contigo se fué mi pensamiento,
y sé que en el unbral de tu morada
aún buscaste la luz de mis balcones,
en la oscura laguna veneciana.

Me volví á mi aposento, de la fiesta
todo el grato desorden denunciaba,
y tu nombre, y tus versos, y tus frases
en los salones y en mi ser vibraban.

Y junto al grupo del *Amor triunfante*
que me empieza á gustar porque te agrada,
aún contemplé tu asiento junto al mio
y el cojin que á mis pies tú colocaras.

En los vasos corintios aún las rosas
esparcían sus múltiples fragancias,
y más que en plena luz, en la penumbra
tus cuadros favoritos me gustaban.

Las figuras de Paolo Veronese,
que del fondo del techo se destacan,
el grupo pareciéronme de un cielo,
que sirviera de bóveda á la estancia.

Y la virgen del tríptico de Urbino,
amoroso el mirar, la frente cándida,
modesta la actitud, me sonreía
y á su niño Jesús acariciaba.

Entre los dos espejos que del marco
amorcillos y pájaros retratan,
la beldad que adoraron mis mayores
en medio de su corte se levanta,

y más que de vestir el manto regio,
y más que de ser bella y ser romana,
de haber servido de modelo á Vinci,
como tu dices, parecía ufana.

El libro de tus cánticos sublimes,
sobre la mesa abierto, me brindaba
su mundo de armonías y de ideas,
inmortales destellos de tu alma,

y junto á él, del cenicero de oro
oculta vi la artística guirnalda,
bajo el cigarro que, gastado apenas,
entre blanca ceniza allí dejaras;

cuando al mirar el humo entre tus labios,
inconsciente tal vez, volví la cara,
y el cigarro apagaste, suponiendo
que del humo el olor me disgustaba,

¿porqué la vista separé del libro
y clavé en la ceniza la mirada,
buscando entre sus copos las ocultas
flores en el platillo cinceladas?

¿Porqué con inquietud inexplicable
pensé en las flores que el invierno mata,
y en las hojas que lleva el torbellino,
y en los nidos que rompe la borrasca?

Si yo de la existencia no conozco
ni el dolor ni las luchas; si las hadas
de la dicha y el bien guardan mis horas
y te amé al conocerte, y tú me amas,

y cuando Abril florezca los almendros,
seré tu esposa y, á tus pies sentada,
podré escuchar tus versos, cual de niña
escuché de mi madre las plegarias,

¿porqué en aquel instante sentí angustias,
que creo sólo á la experiencia asaltan,
y parecióme oir ecos y voces,
que de perfidia y de traición me hablaban?

¡Ah! no lo sé, pero sufrí al oirlos,
y sufrí al ver mis flores enterradas
en la ceniza, que dejado habías
cual simbólico signo de la nada.

A mi mente acudieron mil memorias
incompletas de cuentos y desgracias,
y las horas del claustro en que se aprende
que no es eterna la ventura humana.

Y tuve miedo de la vida; miedo
de perderte y morir, y enagenada,
quise echarme en tus brazos, y en tu pecho
verter oculta mis primeras lágrimas.

¡Oh! qué horrible soñar! Mas, ya despierta,
impaciente te espero en mi ventana
donde anoche tu imagen y la mía
copió, entre ramos de laurel, el agua.

Ven y no creas que esos sueños míos
perfidias ó amarguras nos presagian.....
Es que, al ir hacia el cielo, en lo infinito,
temiendo no llegar, gimen las almas.....

VISIÓN

(FRAGMENTO)

A mis amados hermanos Vicente y Juan.

I

Al conocer lo extraño del sentimiento
que hace infeliz al héroe de aqueste cuento,

compuse esos renglones desaliñados;
ecos, hasta vosotros, desconsolados,

llevarán de esta tierra del Norte triste,
la cual, aunque con níveos tules se viste,

como una desposada con galas bellas,
de sus duelos no puede borrar las huellas.

Aquí con sangre y llanto mancha la nieve
del duro despotismo la mano aleve;

maltratan á los niños y á los ancianos
las hordas victoriosas de los tiranos,

violentan el sagrado de los hogares,
y profanan las tumbas, y los altares.

Se castiga la frase y el sentimiento
que á los cielos se elevan con un lamento,

y contra Dios se lucha, cuando la idea
que conforta, ó del arte los mundos crea,

perseguida es con odio desenfrenado,
y se da muerte al hombre *¡porque ha pensado.!*

De los árticos mares, hasta la altura
de Pamir en el Asia; desde la oscura

región de los Lapones, hasta la arena
del Océano grandioso que el mundo llena,

cruza el águila negra con raudo vuelo
sombreando el horizonte, sombreando el suelo.

Con sus garras agudas como puñales,
cae allá en los senderos de los Urales

sobre las carabanas de condenados
que el crimen cometieron ¡de ser honrados!

y del águila blanca sigue doquiera
las huellas con la furia de hambrienta fiera.

Aunque del ave nívea desgarró el pecho,
y mutiló sus alas con cruel despecho,

y mató la nidada y aventó el nido,
ve con creciente rabia, que no ha vencido,

pues huyó de sus garras el ave herida,
y en cada hogar polaco, cada año anida.

Con el águila blanca por compañera,
Polonia de sus triunfos marcó la era;

hizo de la Lituania con los paganos,
un pueblo de valientes y de cristianos,

y Europa por los turcos amenazada,
de los turcos por ella fué libertada.

Por ella y por la virgen jura el soldado
morir, mientras su patria no haya salvado.

En el pendón guerrero sus alas bellas
brillan con los fulgores de las estrellas,

y por ella, en las horas de la batalla,
canta el sano, el herido sufriendo calla.

Y como en el calvario las golondrinas
quitaron las punzantes crueles espinas

que de Jesús herían la santa frente,
asi el águila blanca del Occidente

á Polonia la martir, noble matrona,
quita los garfios férreos de su corona.

¿Vencerá Rusia al cabo? Nadie lo sabe.
Del azul firmamento por la ancha nave

el águila sombría de dos cabezas
vuela siempre anunciando luto y tristezas.

Ni de perseguir deja la fratricida,
ni el resistir amengua del ave herida.

Al grito de—*exterminio*—que aquella lanza,
responde la voz de ésta—*tengo esperanza*—

Y como si la tierra y el cielo mismo
presintieran las horas de un cataclismo

ó sufrieran las penas de los humanos,
tristes están las selvas, tristes los llanos.

Melancólico esparce su luz el día,
negros crespones tiende la lejanía,

y hasta los ruiseñores en los pinares
dijérase que gimen en sus cantares.

Cuando se ve la senda que ha recorrido
la humanidad, ansiosa del bien perdido,

y como paso á paso, con fe y constancia
venciendo va los males y la ignorancia,

que á su triunfo ya poco falta parece,
que de Dios el reinado ya resplandece.

¡Ay! no es así! La humana legión progresa,
pero es cada soldado del mal la presa.

El esfuerzo de todos lo hace valdío
de cada uno el ansia de poderío.

Aunque la luz buscando van de mil modos,
por el propio, se olvidan del bien de todos,

y aunque el mismo camino siguen en calma,
progresan con el cuerpo ¡no con el alma!

Sin que curen sus llagas piadosas manos,
llora Job desoído por sus hermanos,

y aún Jeremías llora viejos dolores,
sin que vea acercarse días mejores.

Si demasiadas sombras tiene este cuento,
perdonad: viste luto mi pensamiento.

II

Aún hoy que de los siglos el oleaje
tantas grandezas arrasó en la tierra,
se ven en la llanura de un paraje
que un alto monte por el fondo cierra,

de un castillo las ruinas majestuosas
en las que el ave de la noche anida,
son las huellas marcadas con las cosas
del paso por la tierra, de la vida.

Cuenta una tradición de la comarca
que está de la Lituania en la frontera,
que allí vivió un señor, casi un monarca,
que fué querido en la Polonia entera.

Dicen que apuesto, fuerte y generoso,
temíanle de Rusia los tiranos,
que no trataba bien al poderoso,
mas siempre con dulzura á los villanos.

Que cuando con el Turco y los Teutones
peleaba por la patria independencia,
vencido, fueron dignas sus acciones,
y vencedor, fué grande su clemencia.

Que si hizo los jardines más hermosos,
en los que supo cultivar con celo
las flores de los climas ardorosos
y los pinos que arraigan en el hielo:

si en su mesa sobraban los manjares,
y en ella el mejor vino se bebía,
y nadie tuvo aquí ni otros lugares
ni tantos potros, ni mejor jauría,

no fué porque de bienes terrenales
lo vano le tentó con sus ficciones,
ni que con vanas pompas materiales
quisiera añadir brillo á sus blasones.

Noble nació de la sin par nobleza
que formó el pueblo, y que acató sus leyes,
y que por REAL proclama su grandeza,
ya que entre nobles se elegían Reyes;

pero aunque de sus timbres el renombre
le hacían entre todos el primero,
él nunca quiso ser, por sólo el nombre,
sinó por sus virtudes, caballero.

Cual pocos liberal, hizo jardines
para solaz de siervos y aldeanos,
y sentaba á su mesa, en los festines,
labradores, judíos y artesanos.

Al saber que en Polonia los rencores
ganando iban los pechos uno á uno,
porque querían frailes y señores
todos mandar, y obedecer ninguno,

de la nobleza altiva y pendenciera
que á la virtud unía la arrogancia,
que fué, cual la latina, heroica y fiera
y eslava por su indómita inconstancia,

deseoso de calmar el buen patricio
los odios, y adunar las voluntades,
por la patria se impuso el sacrificio
de dejar sus queridas soledades.

Y con fiestas brillantes y suntuosas
á la nobleza congregó en sus tierras,
¡quién no prefiere, viendo á las hermosas,
guerras de amor á fratricidas guerras?

¡Qué señor de Polonia no proclama
su árbitro á la mujer? ¿Quién de la suerte
se quejará, si puede de su dama
besar la mano á cambio de la muerte?

Ninguno, y obró bien el castellano
organizando fiestas y placeres,
en las que persiguiendo un fin humano
vencían á los hombres las mujeres.

En las que la expansión de la alegría,
acallando el gritar de las pasiones,
con dulces lazos para siempre unía
los más enemistados corazones.

Al cazador, abriendo sus pinares,
buscar dejole al javalí furioso,
las liebres perseguir á centenares,
herir el ciervo, y emboscar el oso.

Hizo venir juglares extranjeros
que del Sur referían las campañas,
y en el cinto ponía á los guerreros
moro y rico puñal de las Españas.

Al monje austero regaló con frutas,
al bebedor brindábale licores,
para el disputador tuvo disputas,
para las bellas, músicas y flores.

Y así de todos alhagando el gusto,
á la patria servía de mil modos;
que entre los nobles acalló el disgusto,
y eran con su riqueza ricos todos.

Tuvo una esposa fiel y un hijo amante,
en los que dicen que cifró su gloria,
y aunque fué sabio y en el bien constante,
apenas de él recuérdase la historia.

III

A la sombra del roble y de su savia
formado, crece á veces el retoño:
entrelazadas tiene las raíces....
mas separados los erguidos troncos.

Dístinta orientación buscan sus hojas,
distintas direcciones los ramajes,
y esa ley de las plantas, en la vida,
también rige á los hijos y á los padres.

Del hijo de tan noble caballero
aún la gente conserva la memoria,
porque vive escondido en las consejas,
del tiempo idealizado con las sombras.

Dice la tradición que el noble niño
en silencio pasaba horas enteras,
siguiendo el curso vario de las nubes,
ó contando afanoso las estrellas.

Del transporte de júbilo que siente
por nimios hechos la feliz infancia,
á un transporte pasaba de tristezas,
de las que nadie conoció la causa;

y de su dulce madre sobre el seno
las frases que decía sollozando,
el oriente mostraban de un espíritu
al que dió luz amanecer temprano.

La madre á veces contempló á su hijo,
inquieta el alma, la mirada inquieta,
mas, viéndole crecer en hermosura,
fueron sus inquietudes pasajeras.

¿Quién, contemplando el mar esplendoroso,
piensa en las lobregueces de su seno,
ni quién, del cielo azul enamorado,
la sombra y no la luz busca del cielo?

¿Qué galán en los ojos de su amada
puede ver cuanto en ellos se refleja,
ni quien descubrir puede, aun siendo madre,
el génesis que alumbra una conciencia?

De nuestro íntimo ser siempre un reflejo
se proyecta en las cosas y en las almas,
haciendo en cuanto vemos ó adoramos,
lo que la luna en las tranquilas aguas.

Prestamos nuestra luz á lo sombrío,
nosotros coloreamos lo incoloro,
y las ondas lumínicas nos fingen
lagos azules en el negro fondo.

La madre venturosa de aquel niño,
al ver en él cuanto su amor deseaba,
olvidose que forman las pasiones
sus nidos, de los hombres en la infancia;

y la virtud del padre iluminando
con rayos de oro el corazón del hijo,
le impidió sorprender de los deseos
los gérmenes latentes y escondidos.

No vió el cauce profundo y misterioso
del sentimiento, ni su oleada eterna,
ni cómo, en lo infinito de las almas,
sus nebulosas forman las ideas.

Y el niño aquél, orgullo de una raza,
gloria del padre, de la madre hechizo,
creció siendo de todos adorado.....
mas de todos también desconocido.

En su fácil sendero, cuando todo
brindábale los goces de la vida,
el cortejo sombrío de la muerte
con él cruzóse en desdichado día.

Buscó á su padre, y lo encontró en la tumba,
llamó á su madre, y respondió el silencio,
y, rodeado de propios y de extraños,
sintió la horrible soledad del huérfano.

Entonces ¿qué pensó? ¿Qué negras simas
del dolor la piqueta abrió en su alma?
En busca de refugio el pensamiento
¿dónde posó las ateridas alas?

El huérfano sufrió llorando á solas,
se asimiló su sangre la tristeza,
y á tejer comenzaron en su espíritu
sus mil hilos de araña, las quimeras.

De la vida ignorante, el primer duelo
descubrió ante sus ojos aterrados,
del mundo del dolor el laberinto,
por el que va la humanidad pasando;

y desde aquel instante, en sus pupilas,
en su frente y su voz, llevó indelebles
los rasgos misteriosos de un carácter
para sufrir y amar tan sólo fuerte.

Estudió con afán, brillo á su Corte
daban los sabios, y del gran Kopérniko
discípulo entusiasta, con él quiso
las leyes estudiar del Universo.

Después, en lentas horas de fatiga,
de largos viajes le agitó el impulso,
y afanoso viajó, como si fuera,
para su ansia de ver, pequeño el mundo.

Del Eufrates y el Tigris vió las ondas,
ascendió hasta las líbicas montañas,
las ruinas adoró de Palestina,
y del santo Jordán besó las aguas.

Del arte lo inmortal sintió en Atenas,
el Padre Santo lo alhagó en su Corte,
y al sol de España dijo—dame un día
para alumbrar un año entero el Norte.—

Viajó, viajó incansable; en todas partes
fué recibido con encanto y fiestas,
los hombres admiraban su cultura,
las damas, su cultura y su belleza.

Gustaba su entusiasmo á los artistas,
á los viejos la calma de su espíritu,
su regia esplendidez á los rufianes,
mas las damas tachábanle de esquivo.

De esquivo, porque nunca por sus ojos
azules, melancólicos y graves,
de la curiosidad ó del deseo
pasaron los relámpagos fugaces.

Porque nunca con labio tembloroso
á la dicha aspiró de una promesa,
ni á nadie dijo su mirada—te amo,
ni á nadie dijo su palabra—espera.

Porque cruzó impasible entre las damas,
sin otorgar ni ansiar otra ventura
que la de verlas, y sembrar con flores
su paso, á los reflejos de la luna.

Parecía que atento sólo al mundo
que en nuestro corazón todos llevamos,
las cosas de la tierra no le hacían
volver la vista ó detener el paso.

Que en él buscaba ó contemplaba absorto
del ideal las formas increadas
y que del continente de los sueños
por el mar sin tormentas navegaba.

Que de algo no encontrado ó ya perdido
sentía la nostalgia inconsolable,
que, al sonreir, sus labios se entreabrían,
como buscando besos en el aire.

Era que, de las larvas que los años
posaron en el alma misteriosa,
salían ya buscando el infinito
enjambres de irisadas mariposas.

Eran las ilusiones juveniles
de un ser extraño, de lo real ausente;
que estaba armado el gladiador, y al circo
de la vida iba, en busca de la muerte.

ÓYEME

A la Excma. Sra. Marquesa de Dos Hermanas.

Señor: cuando me rinden la sed y la fatiga
y el alma en el camino se eleva toda á tí,
cual ave mal herida que en postrimer esfuerzo
buscando espacio vuela deseosa de vivir,
escucha el ruego mío, sin frases formulado,
¿qué añadirá la frase, del alma á la oración?
sin frases, la conciencia nos dice que existimos,
y muda, de la noche brota la luz del sol.
No pido que las zarzas me quites del sendero,
aunque con sus espinas desgárrense mis pies,
si es justo que pasemos llorando por la tierra,
apetecer lo injusto, no es aspirar al bien.

No pido que amortigües la luz de la memoria,
aunque ella perpetúa la pena que pasó,
que en recordar la culpa la expiación comienza,
y es expiar á medias salvarse del error.
Te pido solamente que, cuando el mal me aflija,
valor me des y fuerza para sufrir el mal,
sin que el dolor me arranque de rebeldía un grito
y sin que el miedo me haga cobarde desertar.
No logre el sol de fuego del Africa inclemente
del manantial profundo las aguas extinguir:
bajo la eterna nieve, cual sangre de la roca,
del manantial ignoto serpean venas mil,
y en tanto la inclemencia constante del destino
secar logra en las almas las fuentes del amor,
nuestros impulsos hiela, nuestro anhelar extingue,
para la vida inútil dejando el corazón.
Cuando las siberianas estepas recorría,
mi ser sentí invadido por hálito glacial,
y á veees impasible miré el dolor del hombre,
y á veces tuve miedo de no poder llorar.
¡Oh! No, Señor; no seques del alma el sentimiento:
da á nuestros labios quejas, vehemencia á nuestra fe;
lloremos con los tristes; mas danos la esperanza
que el manantial más puro promete á nuestra sed.
Aunque los males llegan á envilecer el cuerpo
y la razón erige sus dudas en verdad,
y el alma, en sus desmayos más tristes que la sombra,
reniega de la vida, teme ser inmortal,
prefiero mis dolores á la inconsciencia eterna
del átomo perdido: mi alma siente el amor,
la idea me ennoblece..... Y ser escoria humana
más vale que ser piedra, de no poder ser Dios.

TEMPESTAD Y CALMA

I

¿Que amo la tempestad? Oye, la he amado:
mil veces con insólita alegría
vi pasar del ciclón la onda bravía
y avanzar entre truenos el nublado.
Ante el mar que bramaba, desbordado,
sintiendo el rayo que, al caer, le hería
cual saeta de fuego, yo reía,
embriagada en el aire renovado.
Y del roto equilibrio de la esfera
por resentir el choque, ansió la mente
ver conmoverse la creación entera.....
Que ante aquella explosión de lo inconsciente,
por inmortal, el alma, libre y fiera,
desafiaba al rayo y á la muerte.

II

He visto hundirse en simas tenebrosas
hogares, y riqueza, y poderío,
cual, dotado de instinto y de albedrío,
tiende el ciclón sus alas espantosas.
Se conmueven los brutos y las cosas,
cae el hombre, desplómase el vacío,
y en el furioso mar se abren, ¡Dios mío!,
tantas cual curvas sepulcrales fosas.
Amedrentado ante el rugir del trueno,
ya de los elementos la batalla
no busca el corazón de audacias lleno;
el rayo esquiva que en el aire estalla,
y amo de Abril atardecer sereno
cuando armónico el orbe, siente y calla.....

EN LA VÍSPERA DE SAN JUAN

(Cuadro de Polonia.)

I

¡Oh! noches de mi patria, noches de estío,
¡cómo no recordaros desde tan lejos,
lo mismo cuando hiela la tierra el frío,
que cuando el sol la quema con sus reflejos!

Al volver las miradas hacia el pasado,
queriendo ver las sendas que crucé un día,
se detiene el espíritu mudo, extasiado,
á saludar las noches de Andalucía.

¡Cómo brilla en las noches caniculares
de la Sierra Nevada la mole dura!
¡Cómo aroman las vegas los azahares,
á las cálidas brisas dando frescura!

¡Qué de notas risueñas y misteriosas
sus amores soñando lanzan las aves,
qué de aspectos variados toman las cosas
de la luna á los toques siempre suaves!

Cuando la luna llena de estivos meses
por la noble Castilla su luz derrama,
dando sueño á las flores, paz á las mieses,
y divinas aureolas al Guadarrama,

de la quietud que todo goza en el suelo,
se comunica al hombre sublime calma,
y á Dios no nos oculta diáfano el cielo,
ni acallan los sentidos la voz del alma.

Noches de mi Galicia que habeis fijado
en mi espíritu el gusto de lo apacible,
vuestro brumoso cielo me ha revelado
las sutiles bellezas de lo intangible.

Merced á vuestro encanto, resurgir veo
la infancia con sus dulces, nimios detalles,
y en el risueño Burgo, que aún miro, creo,
la humilde cruz de piedra de nuestros valles.

Veo junto á la playa la humilde aldea
que á la luz de la luna quedó dormida,
y el murmurar escucho de la marea
que se opone al mandato de la partida.

¡Noches de mi Galicia! Qué desterrado
no anhela vuestro suave fulgor amigo!
¡Quizá á veros no vuelva! ¡Qué he murmurado?
¡Cómo no veros siempre, si vais conmigo!

Mientras pueda evocaros mi pensamiento,
en vuestra luz serena baño mi frente,
mientras en mi alma os halle mi sentimiento,
de vuestro influjo santo no vivo ausente.

II

Aquí plácidas noches nos da el verano,
mas de cálidos tonos de luz nos priva,
y son, cuando descienden lentas al llano,
de belleza sin cambios, inexpresiva.

De la amarga tristeza de los hogares
dijérase que un algo flota doquiera,
y no es alegre el eco de los cantares
que en la noche se pierden en la pradera.

Sólo cuando celebran los campesinos,
con populares fiestas, sus tradiciones,
olvidan un momento su cruel destino,
y abren á la alegría los corazones.

De San Juan la velada gustan las mozas,
por que en ella á ilusiónes dulces se entregan,
y cuando el sol se pone, dejan sus chozas
y al anchuroso río dichosas llegan.

Cruza el Naref tranquilo por entre prados
que en el límite incierto semejan mares,
y ver puede las frondas que á entrambos lados
forman las grandes selvas y los pinares.

Como alma que del cuerpo que dejar debe,
se separa con pena, tal aquí el día
de la tierra se aleja tras unión breve,
dando á todo su vaga melancolía.

Con lentitud cruzando va el firmamento,
y ya hundido en las nubes del Occidente,
aún detiene su paso por un momento,
y aún su beso á la tierra da dulcemente.

Ved como ya se agrupan en las orillas
del río las muchachas, cada una de ellas
dos guirnaldas de flores lleva sencillas,
sencillas, pero entrambas á cual más bellas.

Puestas entre las flores con maña y arte,
brillan rizadas velas de color vario,
y á lo largo del río, de una á otra parte,
de diminutas luces se ve un rosario.

Hoy de estas pobre niñas el alma toda
fija está en esas luces y en esas flores,
que ellas prometen dichas ó anuncian boda
á las que palidecen de mal de amores.

Apenas de la tarde brilla la estrella,
sus guirnaldas arroja cada una al río,
la blanca simboliza la vida de ella,
la roja la del dueño de su albedrío.

Si juntas se deslizan río adelante,
es que así emparejadas irán sus vidas,
y morirán entrambos el mismo instante,
sí se apagan las velas allí encendidas.

Si una de las guirnaldas, de su pareja
se aparta y de otras ondas sigue el camino,
es que á los dos amantes por siempre aleja
el poder misterioso de su destino.

Ved como las muchachas siguen ansiosas
las aguas donde flotan luz y esperanzas...,.
Sus pupilas azules son más hermosas,
del porvenir buscando las lontananzas.

Cómo su pelo rubio, que huele á heno,
flota sobre las sienes desordenado,
y cómo de impaciencia palpita el seno,
por los finos percales no bien guardado.

Todas hacia las aguas el cuerpo inclinan
para ver sus guirnaldas en la corriente,
y el anhelar ansioso, que no dominan,
es, por tranquilo y mudo, más elocuente.

Pasan con balanceo gracioso y lento
esos de luz y flores lindos bajeles,
la brisa los empuja con blando aliento
y amorcillos les sirven de timoneles.

Algunos que empezaron el viaje unidos,
á mitad de la ruta se han separado,
otros bajo las aguas yacen hundidos,
y las velas de muchos se han apagado.

Alguno solo cruza como alma en pena,
otro encalla entre piedras ó entre el follaje,
y del silencio el ruido plácido suena
resbalando en la vaga luz del paisaje.

Ya del río se pierden allá á lo lejos
las flores, ya el postrero bajel no brilla,
y aún las flores persiguen y los reflejos
ansiosas las muchachas desde la orilla.

Y mientras unas lloran sus ilusiones
y otras su amor celebran y su fortuna,
dando al río sus níveas coloraciones,
aparece en los cielos la blanca luna.

JADWIGA

Airiños, airiños, aires,
airiños da miña terra.
. . . . . .

Ya os aspiro, ya os escucho
pasar por las arboledas,
que á vuestro paso se inclinan
enamoradas y tiernas.

Ya miro sobre las ondas
de vuestras alas las huellas,
que sus collares de espumas
van á enredar en las peñas.

Ya me traeis cariñosos,
con los ecos de las fiestas,
del *aturuxo* suspiros
y de la gaita cadencias.

Y en la noche perfumada
vagas notas que embelesan,
porque aquél que las percibe,
cual siente, las interpreta.

De dichas hablan al triste,
de amor, al que amor espera,
y á mi del miedo en que vivo
de dejar estas riberas.

Aires de la patria mía,
consoladores de penas,
quitadme algunas del alma,
pero dejadme una de ellas.

Dejad que aquí cada aurora
llore por la amada muerta,
y que morir en mis brazos
todas las noches la vea.

Que cuando cae la tarde,
ante mis ojos la tenga
toda de blanco vestida,
toda de rosas cubierta.

En las sienes la corona
que sus hermanas tejieran,
y sobre la nívea almohada
desplomada la cabeza.

Aires de la patria mía
dad más luz á mis ideas,
á mi fe más entusiasmos
y á mi cuerpo savias nuevas.

Mas no, cómplices del tiempo,
llegueis á ahogar mi tristeza,
¡llevarla quiero en el alma
ya que Dios la puso en ella!

Recordádmela en la noche,
cuando la luna en la aldea
da poéticos contornos
á las brozas y á las piedras.

Cuando semejan las olas
en las orillas desiertas
blancos sudarios de niños,
que ángeles traen y llevan.

Recordádmela constantes,
cuando hasta el cielo se elevan,
de los niños con las risas,
de la campana las quejas.

No vengo en busca de olvido
á estas regiones serenas;
quien su propia pena olvide
pensar no puede en la ajena.

Vengo ansiosa de estos mares,
de esta luz, de estas bellezas,
del amor de los humildes,
y el canto de los poetas.

De resarcirme en un día
de los años de mi ausencia.
¡Quién no será, aunque llorando,
feliz en su patria tierra!

Playa de Mera.

AL FONDEAR EN LA CORUÑA

LA ESCUADRA FRANCESA

A Mad. Eugenie Saunier, inspirada autora de la melodía «Adiós, Galicia».

Ayer, lentos, majestuosos,
vi vuestros buques guerreros
llegar, cual mansas palomas,
á detenerse en el puerto.
Os recibió el entusiasmo
y os aguardaba el deseo.
Justo es que á quien viene á honrarnos,
cual es y somos, tratemos.

Saludé en vuestra bandera
las glorias de vuestro pueblo,
y unida en alma á mi patria,
sentí cual todos sintieron.
Hoy—como siempre en la vida—
de la fiesta con los ecos,
llegan á quien quiere oirlos
de vaga tristeza acentos.
Uno de vuestros soldados
cerró sus ojos al sueño,
y ya por siempre reposa,
lejos del suyo, en mi suelo.
¡Pobre, si amores tenía!
¡si alguien ansió su regreso!
¡Pobre de su pobre madre,
que nunca tornará á verlo!
Id á decirla que su hijo
no queda en suelo extranjero,
que por francés y soldado,
él era un hermano nuestro.
Que flores tiene su fosa,
y oraciones su recuerdo.....
¡Que yo le tejo una humilde
corona de pensamientos!

Junio 1896.

EL CUERPO

(Recordando á la señora Lina Teichmüller, en Dorpat.)

«No, no es el cuerpo miserable andrajo
que damos á la muerte por rescate,
es más bien la armadura de combate,
es más bien la herramienta de trabajo.»

Emilio Ferrari.

Penetré en el salón amplio y severo.
Al rojo ténue de los muebles daba
su claridad la plenitud del día,
y desde el cuadro de patina oscura,
al espejo y las flores, todo hablaba
de lo bello, con tonos de armonía.

De la estancia en el centro sorprendía
una estatua de Venus
en actitud graciosa,
sonreía orgulloso el labio mudo,
como si hiciera la ateniense diosa
alarde de sus formas al desnudo.
Notaste que aparté de ella los ojos,
y adivinando mi íntima extrañeza
de verla allí, dijiste—En la belleza
no debes hallar causa de sonrojos.
Te han enseñado de la forma humana
á desdeñar la plástica hermosura,
pero, siendo de Dios de donde emana,
¿porqué la admiración que nos inspira
sigues creyendo impúdica y pagana?
El cuerpo no es tan sólo lo que vemos,
no es tan sólo el conjunto inexplicado
de la línea y la luz, que unidas forman
el curvo seno, el torsó nacarado.
No es de Eva la atracción y la hermosura
lo que el cuerpo atesora solamente,
Dios encerró prodigios en su hechura,
que adorar debe el alma reverente.
Lleva el cuerpo del seno en lo profundo
el foco del calor, calor y esencia
que transforma existencia en existencia.
En ese manantial ignoto y vivo,
el noble corazón su sangre toma,
y rítmico, pausado, cuidadoso
reparte su tesoro portentoso
entre quien su tesoro solicita,
y siempre dando, y siempre recibiendo,

su misión va cumpliendo
con inconsciente exactitud bendita.
Por él la arteria late,
su complicada red tiende la vena
y libra en el pulmón rudo combate
con la ola de carbono que lo abate,
la oxigenada, de energías llena.
Por él son las madejas musculares
resortes cual de acero resistente,
que los fardos soportan conque carga
la sociedad, al pobre, inicuamente.
Por él las mallas de los nervios vibran
cual hoja al viento, en incesante alerta,
recogen en la concha del oído
las infinitas ondas del sonido,
beben la luz en la pupila abierta,
y del cerebro humano poseedores,
por misteriosa facultad que asombra
hacen luz de la sombra
siendo del pensamiento conductores.
El arte griego á su esplendor glorioso
sólo llegó cuando trazó en el mármol
de Venus la hermosura sin cendales,
de Apolo los perfiles ideales,
coronada de pámpanos y rosas
la cabeza del sátiro risueño,
y del secreto de la curva dueño,
logró á la piedra dar con maestría
la expresión, lo intangible, que es al mármol
lo que la luz del genio á la poesía.....
Dócil el cuerpo á la impulsión interna,
late de amor, revuélvese al agravio,

tiene para el dolor ojos que lloran,
frases que por el triste á Dios imploran,
y para el beso y el perdón, el labio.....
Del Nazareno evoca el dulce nombre
que Él su divino ser ocultó humilde
en la envoltura material del hombre.
A desdeñar el cuerpo nunca llegues,
que el espíritu guarda, como el traje,
la forma corporal bajo sus pliegues.
El lleva el alma, y si al pecado incita
y cede á tentaciones terrenales,
no con la culpa su destino evita,
que si en el fango el mal le precipita,
para subir, el bien le da sus alas.
Su raíz clava el árbol en el suelo,
ero del suelo su ramaje sube;
que todo lo que vive, busca el cielo.
El cuerpo humano que ama y que padece,
que exterioriza el bien, lo bello crea,
que el alma arroja como fardo inútil,
de la vida al vencer en la pelea,
no desprecies por Dios—Calló la dama,
fijando en mi sus ojos con dulzura;
volví á mirar la Venus..... Parecióme
noble, casta, divina su hermosura.

QUEJAS

A Isabel Algorri de España.

No puedo con la cruz—gimió, angustiada,
un alma del calvario en el camino—
siento en el pecho roto el corazón.
¿Para aliviarme en mi sufrir no hay nada?
Y el Angel tutelar de su destino
—Si, dijo—la oración.

El golpe me cegó, seguir no puedo;
la sangre brota de la abierta herida
y no sé en las tinieblas caminar.
Sin guía estoy, sin guía, y tengo miedo;
¿qué hacer en esta noche de mi vida?
—Seguir y perdonar.

¿Y he de vivir llevando eternamente
ante mis ojos la visión maldita
de la negra emboscada en que me vi?
¿La misma idea en la ardorosa mente,
la misma frase en la memoria escrita,
constantemente oyendo lo que oí?

Para la horrible soledad del alma,
para el olvido hallar de la existencia,
¿qué remedio, Señor, encontrarás.?
¿Quién darme puede en la tormenta calma,
si tengo en rebeldía la conciencia?
—La muerte nada más.

ERRATAS NOTABLES

PAG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
VII	1	María	Mania
»	5	cama	cuna
96	9	reposo;	reposo,
»	11	nido,	nido.
»	12	se	Se
97	1	En	Es
105	5	nuestras	cuántas
117	17	ellos	ellas
118	13	tempeslad,	tempestad,
123	11	gastado	gustado
»	12	dejaras;	dejaras,
»	16	disgustaba,	disgustaba.
»	17	¿porqué	¿Porqué

167

Precio: Tres pesetas

En prensa:

Galicia en el último tercio del siglo XV.—Tomo III

491575

Casanova, Sofía
Fugaces.

LS
C3356f

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED